

De la 'traición aprista' al 'gesto heroico'

Luis de la Puente Uceda y la guerrilla del MIR

José Luis Rénique

“Bíblicamente parecíamos un pueblo elegido integrado por la gente más sacrificada, tenaz e inteligente, pero con un signo fatal: no llegar a alcanzar la simbólica tierra prometida, bajo la dirección de nuestro Moisés.”

Luis Felipe de las Casas¹

“No me importa lo que digan los traidores, hemos cerrado el pasado con gruesas lágrimas de acero.”

Javier Heraud²

“La entrega es el camino del místico, la lucha es el del hombre trágico; en aquel el final es una disolución, en éste es un choque aniquilador (...) Para la tragedia, la muerte es una realidad siempre inmanente, indisolublemente unida con cada uno de sus acontecimientos.”

George Lukács³

A fines de octubre de 1965 las Fuerzas Armadas del Perú daban cuenta del aniquilamiento --en la zona de Mesa Pelada, parte oriental del departamento del Cuzco-- de la llamada guerrilla Pachacutec. Luis de la Puente Uceda estaba entre las bajas. Sus restos jamás serían encontrados. Caía con él la dirección del movimiento. Barrerían en las semanas siguientes lo que quedaba del alzamiento. Menos de seis meses había tomado suprimir a quienes, “contagiados por el virus del comunismo internacional,” ajenos por ende “al sentimiento de nacionalidad,” habían pretendido obstruir la marcha de la nación “por los caminos del desarrollo.” Conjurado el “peligro rojo” el país podía volver a la vigencia plena de sus instituciones democráticas. Sin olvidar por cierto que se vivía una situación de guerra por el dominio del mundo, distinta que las de antaño, sin fronteras y sin escenarios precisos, con un enemigo ubicuo y multiforme que demandaba estrategias nuevas y una permanente actitud de vigilancia.⁴

Una mera nota a pie de página de la Guerra Fría latinoamericana. En la literatura de la “era de la revolución cubana” el caso del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) peruano ocupa un lugar marginal. Ni siquiera Regis Debray en su *¿Revolución en*

¹ Luis F. de las Casas, *El Sectario*, Lima: Centro de Investigaciones y Capacitación, 1981.

² Del poema “Palabra de guerrillero” en Javier Heraud, *Poesías completas y Cartas*, Lima: Biblioteca Peruana Peisa, 1976.

³ George Lukács, *El alma y las formas. Teoría de la Novela*, México: Grijalbo, 1985, pp. 254-255.

⁴ Ministerio de Guerra, *Las guerrillas y su represión*, Lima 1966, pp. 76 y ss.

la Revolución? supuesta síntesis teórica del castrismo --publicado en enero de 1967-- le dedicaría algo más que una mención al paso.⁵

Mirada desde la perspectiva de la historia peruana, sin embargo, su efímera existencia adquiere otros significados. Imposible negar, en primer lugar, el impacto que tuvo en los oficiales encargados de su represión, núcleo de origen del “velasquismo” del 68 al cual, paradójicamente, buscarían reclutar a varios de sus sobrevivientes. Su influjo, asimismo, abriría un espacio de acción entre los dos grandes partidos políticos de los años 20 —el APRA y el PC— contribuyendo a la creación de una vertiente --para bien y para mal signada por un activismo militante y por su vocación insurreccional— identificada como la “nueva izquierda.” Si en el caso de los comunistas, la aparición de esta afectó su posibilidad de constituirse en pivote de una izquierda nacional unificada, en el caso del aprismo se constituiría en impedimento para sus posibilidades de reproducción en el mundo campesino y urbano-popular surgido de la “gran transformación” de mediados del XX. Ya en los años 80, en tercer lugar, cuando la mayoría de integrantes de la “nueva izquierda” se había incorporado a la legalidad, descendientes del viejo MIR reclamaría la continuidad de su legado incorporándose al Movimiento Revolucionario Tupac Amaru (MRTA).

Diversos trabajos han delineado el territorio del vanguardismo latinoamericano de los 60 en el que surgieron proyectos como el representado por el MIR.⁶ Queda aún por explorar la dimensión nacional. No solo rastrear el origen de este fenómeno desde las coordenadas de la historia local, explorar también su impacto simbólico en el desarrollo de nuevas fuerzas contestarias. Interrogante particularmente urgente en el caso del Perú, donde, el fenómeno de la violencia política alcanzaría elevados niveles durante los años 80. Originado en pequeños grupos —lindantes muchas veces con la marginalidad-- compensan sus debilidades con una intensa elaboración mental: imaginan campesinos revolucionarios, “largas marchas” del campo a la ciudad, extrapolan categorías y discursos “internacionalistas” para pintar escenarios locales de absoluta confrontación; entre el idealismo y la tragedia, su historia emite señales no siempre asimilables a través del “análisis ideológico” o las “historia de las ideas.” Para salir del plano individual o grupal, para aspirar a ser el gran catalizador vanguardista, deben construir una identidad capaz de proyectarlos al país, capaz de resonar en la memoria de la gente; entretejiendo para ello lo nuevo y lo cosmopolita con lo tradicional y lo local. El fenómeno insurgente es un fenómeno sincrético cuya comprensión requiere un esfuerzo de contextualización. En el caso del Perú, esa historia *desde dentro* del fenómeno guerrillero de los 60, conduce, retrospectivamente, a la experiencia insurreccional aprista. Es en referencia a esta que el MIR define su *ethos* revolucionario.

Este trabajo explora la construcción de una nueva identidad política —militante, guerrillera, subversiva— en un contexto particular de la historia peruana: de emergencia del Perú rural, de un lado, y de revisión y renuncia por parte del APRA de aspectos

⁵ Regis Debray, *¿Revolución en la Revolución?*, La Habana: Cuadernos de la revista Casa de las Américas, 1967.

⁶ Al respecto, de particular importancia es José Rodríguez Elizondo, *La crisis de las izquierdas en América Latina*, Caracas: Instituto de Cooperación Iberoamericana/Editorial Nueva Sociedad, 1990. Véase también Timothy Wickham-Crowley, *Guerrillas and Revolution in Latin America: a comparative study of insurgents and regimes since 1956*, Princeton, NJ: Princeton University Press, 1992. Entre los trabajos de síntesis del fenómeno guerrilleros latinoamericano destacan, Thomas C. Wright, *Latin America in the Era of the Cuban Revolution*, New York: Praeger Publishers, 1991, Richard Gott, *Guerrilla Movements in Latin America*, New York: Anchor Books, 1972 y Luis Mercier Vega, editor, *Guerrillas in Latin America*, New York: Praeger, 1969.

fundamentales de su propia tradición de lucha. El análisis, para ello, incide en tres dinámicas fundamentales: (a) la de los individuos y sus pasiones, la naturaleza de la opción política de los futuros insurrectos; (b) las redes y espacios públicos en que se estructura lo individual como acción concertada; (c) los contextos del encuentro de proyectos políticos y sociedad. En torno a estos tres referentes analíticos se entretene una historia cuyo objetivo final es comprender la constitución de identidades legitimadoras del ejercicio de la violencia en el Perú. Cómo, en otras palabras, la experiencia del 65 afectó la cultura política del izquierdismo local, preparando el terreno para la gran tempestad de los 80. En esta historia, Luis de la Puente Uceda emerge como eslabón entre las tradiciones insurreccionales novecentistas –rearticuladas en el aprismo primigenio—y el guerrillerismo contemporáneo. Las huellas escritas y orales de su apasionada trayectoria aparecen por ello como eje de un relato que pretende construirse de lo personal a lo social.

1948

El 3 de octubre de 1948 Lima amaneció con la noticia de una sublevación. En el puerto del Callao, personal de la Armada y “brigadistas” apristas se enfrentaban con fuerzas leales al régimen. El movimiento sería cruentamente debelado. Cuatro décadas después, los implicados y sus descendientes seguirían debatiendo responsabilidades. Los dirigentes del partido, según unos, habían traicionado a las bases.⁷ Otros, por el contrario, señalaron a un oficial militar de filiación aprista --quien, según ellos, habría actuado “con la prescindencia total del Comité del Ejecutivo”—como el principal responsable.⁸ Que estaba “dispuesto a jurar que ni yo ni persona alguna de mi partido había tenido nada que ver con la rebelión,” diría en 1954 Víctor Raúl Haya de la Torre.⁹

Tres años antes el PAP había apoyado la elección del mandatario que aquella madrugada se buscaba derrocar. Hacia mediados de 1947, no obstante, los apristas habían comenzado a conspirar, reactivando en ese afán a sus “equipos de combate.”¹⁰ La percepción era que, tras bastidores, la oligarquía –sin representación política explícita desde la desaparición del Partido Civil en 1919—actuaba para frustrar la opción democrática.¹¹ Con el gobierno crecientemente desprestigiado entró en la agenda aprista

⁷ Víctor Villanueva, *La Sublevación Aprista del 48. Tragedia de un Pueblo y un Partido*, Lima: Editorial Milla Batres, 1973.

⁸ Armando Villanueva del Campo, “La Otra Revolución” (Entrevista) en Domingo Tamariz Lúcar, *La ronda del general*, Lima: Jaime Campodónico/Editor, 1998, pp. 116-125.

⁹ “Cinco años de exilio en mi patria” [de *Life* en español, Mayo, 24 de 1954] en *Testimonios y Mensajes*, OC, vol. 1, pp. 242-258. En ese artículo, explicó Haya, que había optado por el asilarse solo al darse cuenta de que “no podría eludir a mis perseguidores durante toda la vida.” Y que lo había hecho, obligado por la dirección de su partido que le había exigido que “siguiera el ejemplo de otros dirigentes apristas que ya se habían refugiado en embajadas extranjeras o que habían cruzado la frontera, en un exilio temporal.” (p. 244)

¹⁰ A. Villanueva del Campo, “La Otra Revolución,” p. 117.

¹¹ Sobre la desaparición del Partido Civil a raíz del golpe de Augusto B. Leguía de 1919 que dio inicio al llamado “oncenio,” véase Pedro Planas, *La República Aristocrática*, Lima: Fundación F. Ebert, 1994, p. 106 y ss. Sobre el régimen de Bustamante y Rivero, véase: Nigel Haworth, “Peru” en *Latin America Between the Second World War and the Cold War, 1944-1948*, editado por Leslie Bethell y Ian Roxborough, New York: Oxford University Press, 1992, pp. 170-189, Gonzalo Portocarrero, “La oligarquía frente a la reivindicación democrática” en *Apuntes*, [Lima], 7:12, 1982, pp. 61-73 y, sobretodo, *De Bustamante a Odría: el fracaso del Frente Democrático Nacional, 1945-1950*, Lima 1983.

el esquema de un movimiento cívico-militar. Mientras los líderes buscaban un general “amigo,” las “bases” imaginaron una insurrección.

Cual fuese su trasfondo, el incidente del 3 de octubre aceleró los preparativos de otro proyecto sedicioso; encabezado este por el General Manuel Odría, apoyado por la oligarquía y dirigido contra el partido de Haya de la Torre. El 27 de octubre de 1948, mientras el depuesto presidente Bustamante marchaba al exilio, el aprismo iniciaba un nuevo ciclo en la clandestinidad.

Dieciséis años atrás había comenzado la primera persecución. A fines de 1931 el Coronel Luis M. Sánchez Cerro había ascendido al poder tras derrotar en las ánforas al líder aprista. Denunciando fraude, tras hacerse evidentes los primeros síntomas de persecución, Haya de la Torre delineó el sentido de la lucha por venir: a Palacio —dijo— llegaba cualquiera, porque “el camino a Palacio” se compraba “con oro o se conquistaba con fusiles.” La “misión del aprismo” en cambio, era “llegar a la conciencia del pueblo.”¹² Y a ella, solo se llegaba, “como hemos llegado nosotros, con la luz de una doctrina, con el profundo amor de una causa de justicia, con el ejemplo glorioso del sacrificio.” El propio Haya sería una de las primeras víctimas de la represión. Estaba en prisión cuando, en julio de 1932, se produjo la revolución de Trujillo dirigida por dirigentes apristas locales imbuidos aún del espíritu anarquista y montonero del siglo anterior.¹³ La memoria de dicho movimiento se convertiría en el mito fundador de un combativo aprismo popular. Seis mil muertos y unos ocho mil prisioneros reclamaría el aprismo de aquel ciclo que se iniciaba.¹⁴ El “dolor y la muerte,” no obstante, fortalecerían al partido en la clandestinidad convirtiéndole en una suerte de fraternidad de distintiva cohesión moral.¹⁵

¿Proponía Haya de la Torre una revolución? ¿Cuál era la naturaleza de la “revolución aprista” a la que sus jóvenes militantes se sentían convocados? Apelando a Tolstoi, a Ghandi, a Engels y a Marx, Haya proponía que lo peculiar del aprismo era proclamar la necesidad de “llegar al poder para operar desde él la revolución, en un sentido de transformación, de evolución, de renovación, pero sujeta siempre a los imperativos y limitaciones de la realidad.”¹⁶ Que —“sin eludir la posibilidad de que toda revolución pueda implicar o no violencia en un sentido físico o moral”— era factible una revolución sin violencia. Aludiendo al levantamiento “pierolista” de 1895 —que había tomado Lima tras derrotar al ejército nacional— Haya hablaba de realizar un “95 sin balas.” De su temible imagen insurreccional del 32, sin embargo, el APRA no podría prescindir. En la medida que su proscripción se prolongaba, más aún, de ella dependería para sobrevivir: como defensa de la represión, para aseverar su compromiso con la lucha antidictatorial, sostener el mito de un “gran ejército civil” subterráneo, garantía de la futura “revolución aprista.”

¹² V.R. Haya de la Torre, “Discurso del 8 de diciembre de 1931” en *Política Aprista*, OC, vol. 5, pp. 87-90.

¹³ Véase sobre el legado anarquista en el aprismo véase, Luis Alfredo Tejada Ripalda, “La influencia anarquista en el APRA” en *Socialismo y Participación* 29, marzo 1985, pp. 97-1109. Sobre la revolución aprista del 32, el mejor trabajo disponible es Margarita Giesecke, “The Trujillo Insurrection, the APRA and the Making of Modern Politics,” tesis doctoral, University of London (Birbeck College), 1992.

¹⁴ V.R. Haya de la Torre, “El Aprismo en el Perú” [1934] en O.C., vol. 2, pp. 333-36.

¹⁵ Véase a respecto, Imelda Vega-Centeno B., *Aprismo Popular: Cultura, Religión y Política*, Lima: CISEPA-PUC/TAREA, 1991.

¹⁶ V.R. Haya de la Torre, “Manifiesto de Febrero de 1932” en O.C., vol. 5, pp. 94-124.

Una larga lista de movimientos, asonadas, insurrecciones en colaboración con oficiales militares derivaron de aquella estrategia caracterizada, entre otros elementos, por un uso limitado, propagandístico, de la violencia.¹⁷ Con sus dirigentes históricos recluidos o deportados, la juventud --personalmente dirigida por su jefe-fundador-- emergió como protagonista de la etapa en la clandestinidad. Diversas organizaciones concibió Haya para canalizar hacia los objetivos partidarios su espíritu de combate. La Vanguardia Aprista de la Juventud Peruana era una de ellas. Como “cuerpo actuante del Partido,” la “acción” era su “norma fundamental.” Como “escuela del sacrificio, la disciplina y el entusiasmo de la juventud aprista organizada militarmente” la definían sus normas. De ahí entonces que, un vanguardista fuese un “apóstol y un soldado” que “no delibera sino actúa” dispuesto siempre a “dar su vida si es preciso” por “los ideales de nuestro gran Partido.”¹⁸

La presencia del líder añadía a la lucha cotidiana un elemento épico. Del impacto de su llegada a una base partidario en un barrio de Lima dejó Juan Aguilar Derpich vibrante testimonio: “un ruido de auto, una figura en la oscuridad” es el Jefe en visita de sorpresa, “nada se le escapa, conoce las necesidades y posibilidades de cada base;” escucha primero y luego comienza a hablar, “el incienso de sus palabras lo envuelve todo, un sopor bienhechor y estimulante al mismo tiempo invade los sentidos. Están ante el Gran Sacerdote, el rito es solemne, la entrega absoluta.” Culmina el encuentro con los saludos rituales: “¿En la lucha? ¡Hermanos! ¿En el dolor? ¡Hermanos!” Saludos, rituales, símbolos, pero sobre todo la presencia del Jefe, garantizaban la cohesión. Heroísmo y entrega: valores fundamentales.¹⁹ Cobardía y traición: la negación misma del ser aprista. “Ser traidor en esta hora --diría el líder del aprismo-- es no sólo ser el Judas que nos vende, sino el cobarde que da el paso atrás.” Ni para uno y para el otro había “lugar en nuestras filas.”²⁰ Eran las claves medulares de lo que ha sido descrito como una “comunidad emocional,”²¹ un “simulacro de nación”²² o, simplemente, --en palabras de su propio Jefe aprista-- como una “locura colectiva.”²³ SEASAP (“Sólo el APRA salvará al Perú”) era el saludo cotidiano. Mística y entrega, más que teoría, caracterizaban a la militancia aprista. Se leía, en todo caso, de Haya, su “Anti-Imperialismo y el APRA” --el breviario básico del aprismo de los 20s, el planteamiento de un estado nacionalista

¹⁷ Véase al respecto, Thomas M. Davies, Jr., y Víctor Villanueva, Secretos electorales del APRA. Correspondencia y documentos de 1939, Lima: Editorial Horizonte, 1982 y Luis Chanduví Torres, El APRA por dentro: lo que ví, y lo que sé, Lima: Talleres Gráficos, 1988.

¹⁸ “Reglamento interno de la Vanguardia Aprista de la Juventud Peruana” en Colección de Volantes de la Biblioteca Nacional del Perú. Sobre la Federación Aprista Juvenil véase Luis Alberto Sánchez, Una larga guerra civil. Apuntes para una biografía del APRA, vol. II, Lima: Mosca Azul Editores, ¿???? La FAJ según este autor no era una “fuerza de choque” como sus críticos sostenían sino “una fuerza de superación moral y disciplinaria,” p. 179. Según otro testimonio, la VAJ era “una fuerza juvenil revolucionaria y por tanto militarizada que perfeccionó a la VACH” en Luis Felipe de las Casas, El Sectario, Lima: Centro de Investigación y Capacitación, 1981, p. 78.

¹⁹ Juan Aguilar Derpich, Catacumbas del APRA. Vivencias y testimonios de su clandestinidad, Lima 1984, p. 138.

²⁰ Víctor Raúl Haya de la Torre, “Discurso del 8 de diciembre de 1931” en O.C., vol. 5, pp. 87-90.

²¹ Hugo Neira, Hacia la tercera mitad. Perú XVI-XX. Ensayos de lectura herética, 2da edición, Lima: SIDEA, 1997.

²² Karen Sanders, Nación y Tradición. Cinco discursos en torno a la nación peruana 1885-1930, Lima: Pontificia Universidad Católica/ Fondo de Cultura Económica, 1997.

²³ “Yo siempre sonreí en la soledad de mi celda, cuando supe que un órgano periodístico de la reacción dijo que la fuerza y el entusiasmo del aprismo en las horas preelectorales fue una *locura colectiva*. Aquí estamos de nuevo viendo resurgir poderosa y creadora la *locura colectiva*.” V.R. Haya de la Torre, “Discurso del 12 de noviembre de 1933” en O.C., vol. 5, pp. 153-160.

enfrentado con el “coloso del norte”—y sus conmovedoras “Cartas a los Prisioneros Apristas.” En general, sin embargo —según un veterano de la resistencia—, “sólo repetíamos lo que el Jefe y las directivas decían.”²⁴ La visión estratégica de la resistencia quedaba librada a su “genial intuición,” privilegiadamente educada durante su primer exilio, un singular peregrinaje que, entre 1923 y 1931, lo había llevado del Morelos zapatista al Moscú bolchevique, poniéndole en contacto con las altas esferas de la intelectualidad europea y latinoamericana.²⁵ Desde entonces, en base a sus experiencias y a su propio talento, había expandido como nadie las fronteras de la política peruana: la prisión y el exilio, tanto como el sindicato o el partido, se convirtieron bajo su inspiración en ámbitos de acción organizativa; los jóvenes, la mujer, la familia misma, igualmente, devinieron, bajo su impulso, en protagonistas políticos. Coraje, entrega y optimismo redondeaban la fuerza de su liderazgo. “No es la muerte lo que me preocupa —sostuvo Haya en 1935—sino la mejor manera en que ella pueda servir a los altos fines del Partido.”²⁶ De la abrasiva manera en que todos estos valores eran vividos en la cofradía aprista dejaría testimonio Luis Alberto Sánchez, por largos períodos el más cercado al Jefe de todos los líderes partidarios:

“Psicológicamente, nada afectaba más a Haya que la deslealtad al partido, personalizado en él y en el CEN [Comité Ejecutivo Nacional] del PAP, también personalizado por él en esas circunstancias. La “traición” al partido era lo que más afectaba a Haya, dominado por la idea de la unidad monolítica, de la disciplina voluntaria, pero férrea.”²⁷

En la situación internacional, sin embargo, fue donde percibió Haya la salida al confinamiento de su partido. Concibió para tal efecto dos importantes acciones tácticas. Acercarse a Washington la primera. Aprovechando de la política de “buena vecindad” de F.D. Roosevelt convencería a los *yankees* de la filiación democrática del aprismo; que eran un insumo, más que un obstáculo, para el progreso de las relaciones interamericanas; provocando, de ser posible, su intervención moral contra “los tiranos de nuestros países”: un novísimo “frente norte-indoamericano” contra la “internacional negra” fascista. Del antiimperialismo al “interamericanismo sin imperio.”²⁸ El recurso a la revolución incruenta apoyada en las “bases apristas” en alianza con militares nacionalistas como método de la lucha antioligárquica era la segunda de sus propuestas.

²⁴ Juan Cristóbal, *¡Disciplina Compañeros!*, Lima: Debate Socialista, 1985, p. 32.

²⁵ Véase al respecto, V.R. Haya de la Torre, *Por la emancipación de América Latina* en O.C., vol. 1, pp. 5-147 y Luis Alberto Sánchez, *Haya de la Torre o el Político. Crónica de una vida sin tregua*, Lima: Editora Atlántida, 1979, capítulos 8 a 14. Un excelente examen crítico de la evolución ideológica de Haya durante los 20 e inicios del 30 puede encontrarse en Pedro Planas, *Mito y Realidad. Los orígenes del APRA: el joven Haya*, 2da. ed. Lima: Okura Editores, 1986 y Pedro Planas/Hugo Vallenás, “Haya de la Torre en su espacio y en su tiempo (Aportes para una contextualización del pensamiento de Haya de la Torre)” en Raúl Chanamé, Pedro Planas, Hugo Vallenás, María Teresa Quiróz, *Vida y Obra de Víctor Raúl Haya de la Torre*, Lima: Instituto Cambio y Desarrollo, 1990, pp. 96-220. Sobre el eclecticismo aprista y el mesianismo temprano de Haya véase Jorge Basadre, “Meditaciones de nuestro tiempo” en *Apertura. Textos sobre temas de historia, educación, cultura y política, escritos entre 1924 y 1977*, Lima: Ediciones Taller, 1978, pp. 445-167.

²⁶ V.R. Haya de la Torre, *Cartas a los prisioneros apristas* en O.C., vol. 7, pp. 218-251.

²⁷ Luis Alberto Sánchez, *Apuntes para un Biografía del APRA* (Una larga guerra civil), Lima: Ediciones Mosca Azul Editores, 1979, p. 114.

²⁸ V.R. Haya de la Torre, *La Defensa Continental* en O.C., vol. 4, pp. 230-268. Para un análisis del acercamiento hayista a los EEUU véase, Frederick B. Pike, *The Politics of the Miraculous in Peru: Haya de la Torre and the Spiritualist Tradition*, Lincoln and London: University of Nebraska, 1986, pp. 243 y ss.

El inmenso prestigio moral de que gozaba entre sus partidarios, el desgaste natural de la era de las catacumbas, la promesa de que el retorno a la legalidad sería nada menos que la antesala de la “revolución aprista,” fueron algunos de los factores que coadyuvaron a la aceptación del viraje partidario que derivó en su entusiasta participación en la “primavera democrática” que se abría en 1945. Con su inicio, “vanguardistas” y “defensistas” quedaron en compás de espera. La madrugada del 3 de octubre de 1948, las contradicciones engendradas por el ambivalente discurso del “Jefe máximo,” saldrían a la superficie en las calles del Callao.

APRA: Crisis y Exilio

El 3 de enero de 1949 Víctor Raúl Haya de la Torre ingresaba a la Embajada de Colombia en Lima. Lo que en circunstancias normales debió ser un trámite hacia el exilio se convirtió en un sonado incidente diplomático: cinco años pasarían antes de que el gobierno peruano otorgara un salvoconducto al jefe del APRA. Ese acontecimiento marcó la diferencia fundamental entre los dos grandes ciclos de la clandestinidad aprista. Por primera vez desde 1931 el Jefe no estaba al frente de la organización. En su ausencia el debate interno se desplegaría incontenible. Hasta alcanzar –como observaría Andrés Townsend Escurra – una desconocida virulencia. Al punto de colocar al PAP al borde de la ruptura. De ahí que, los años de Odría, fuesen “los más adversos y difíciles” en “toda la historia de la clandestinidad aprista.”²⁹ De las responsabilidades por el 3 de octubre pasó el debate a la crítica de la actuación partidaria en la recién cancelada apertura democrática y, por extensión, a los cambios introducidos por Haya en la orientación doctrinaria del partido desde fines de los 30. ¿Había el PAP traicionado sus ideales primigenios? En torno a esta cuestión se producirían numerosas renuncias. De cuadros de larga trayectoria en muchos casos quienes, decepcionados, convirtieron su vieja pasión militante en antiapristismo intransigente, en hiriente diatriba, enfilada, sobretodo, contra la figura del legendario Jefe Máximo.³⁰ ¿Adónde ir después del APRA? Hacia la izquierda, los “vanguardistas” apristas encontraban al PC y a un pequeño, pero muy activo, grupo trotskista.³¹ Los apristas más dispuestos a “incorporarse a una organización revolucionaria” –según Arquímedes Torres– enfrentaban el problema de que, del aprismo “salíamos vacunados contra el comunismo” lo que era reforzado porque “veíamos en el PC una línea muy teórica y muy zigzagueante, especialmente durante el período de Prado.” En el fondo, la tragedia del “ala izquierda” del aprismo era que, los que se iban del partido, “no dejaban de ser apristas.”³²

²⁹ Andrés Townsend Escurra, 50 Años de Aprismo. Memorias, Ensayos y Discursos de un Militante, Lima: Editorial e Imprenta Desa, 1989.

³⁰ Véase por ejemplo, Ciro Alegría, Mucha suerte con harto palo. Memorias, Buenos Aires: Editorial Losada, 1976, p. 255, donde el gran novelista peruano acusa a Haya de haber impuesto en el partido una “verdadera dictadura intelectual. Véase, asimismo: Luis Eduardo Enríquez, La estafa política más grande de América, Lima: Ediciones del Pacífico, 1951, Magda Portal, ¿Quiénes traicionaron al pueblo?, Lima 1950 y Alberto Hidalgo, Por qué renuncié al APRA, Lima 1954.

³¹ Hernando Aguirre Gamio, “Presentación” a Carlos Howes Beas, Fundamentos ideológicos de la Revolución Peruana, Lima: Ediciones Debate, 1973. El propio Haya de la Torre había contribuido a sembrar el interés de algunos militantes en la figura de Trotsky, a quien había conocido en su visita a Moscú de los 20s y cuya lucha contra Stalin veía con simpatía. Véase al respecto, V.R. Haya de la Torre, “Trotsky” [1924] en Combatientes y Desocupados en OC, vol. 3, pp. 31-35.

³² J. Cristóbal, ¡Disciplina Compañeros!, p. 111. Sobre el PCP durante los años 40 y 50 véase, Héctor Béjar, “APRA-PC 1930-1940; itinerario de un conflicto” en Socialismo y Participación, 9, febrero 1980, pp. 13-40; César Guadalupe, “El Partido Comunista Peruano de 1930 a 1942 ¿El período de Ravines?” en Debates en Sociología, vol. 12/14, 1989, pp. 101-128 y Comité Departamental de Lima del PCP, “En Defensa de los Principios Marxistas-Leninistas del Partido

Eventualmente, el debate interno se desplazó a los círculos de exilados. Desde Buenos Aires, Manuel Seoane lanzó la idea de realizar congresos postales con participación de los diversos comités de desterrados apristas. Los acuerdos del primero de estos eventos reflejaron espíritu crítico tanto como voluntad unitaria: se decidió acatar la autoridad del Comando Nacional de Acción, pero se demandó democracia interna así como dar por terminado el experimento de “cooperacionismo con los Estados Unidos” juzgado estéril y perjudicial.³³ El alineamiento aprista con la “doctrina Truman” de 1947 había causado, en efecto, apreciable irritación en sectores del partido. El propio Luis Alberto Sánchez – uno de los líderes históricos del PAP, de particular cercanía con el Jefe aprista-- criticaría la propuesta hayista de apoyar la causa de la democracia en la guerra de Corea mediante el envío de cinco mil combatientes apristas.³⁴ En el segundo congreso postal, asimismo, Seoane –reconocido en la práctica como el número dos del aprismo— se encargó de sintetizar críticas y delinear perspectivas que reubicaban al APRA en la senda nacional-reformista. Seguimos representando la única fuerza “capaz de ejecutar la auténtica renovación social del Perú” decía, sin profundizar demasiado en la crítica del período 45-48. Destruir el feudalismo y afirmar el industrialismo eran los puntos centrales de su propuesta. Si con el segundo había “fórmulas de convivencia” con respecto al primero –subrayaría Seoane-- no había “términos medios.”³⁵

Asimilando críticas, recobrando el mensaje progresista del aprismo, figuras de la generación fundadora del PAP (Sánchez, Seoane) irían llenando el vacío dejado por el Jefe; contando con el respaldo de elementos de la generación siguiente (Andrés Townsend, Armando Villanueva del Campo, Nicanor Mujica, Ramiro Prialé, Ricardo Temoche y otros). Unidas ambas en la lucha contra el “revisiónismo radicalizante” y los “quistes filosoviéticos” que brotaban en la organización. Contando, en ese esfuerzo, con la anuencia epistolar de su neutralizado Jefe, quien los alentaba a reafirmar el predominio de la vieja guardia, aquella de la Reforma Universitaria de 1919, de quienes, procedían las verdaderas “ideas germinales” que el “novoaprismo comunistoide” pretendía asumir como propias. De ahí que, frente a esa “tendencia estudiantil aprista a culpar a los líderes,” a “responsabilizarlos de todo lo ocurrido” e incluso “a reemplazarlos” había que relevar que, “la fuerza del partido está en su continuidad, en su decurso del 19 a hoy.” Siendo imperativo “demostrar que ningún movimiento fue en América tan continuo, tan coordinado, tan concertado.”³⁶

Ese discurso, no obstante, chocaba con las experiencias del exilio. Al contacto con las experiencias argentina, guatemalteca, mexicana, chilena, los deportados reflexionarían sobre todo aquello que el APRA hubiese podido conseguir de no haber enfocado –como

Comunista Peruano” (Conclusiones y Resoluciones del XIV Congreso Departamental de Lima), Lima 1962.

³³ “Proposiciones para el 2do Congreso Postal de Desterrados Apristas y algunas conclusiones del 1er. Congreso Postal”

³⁴ En una carta a Haya de la Torre de enero 4 de 1951 remitida desde Santiago, Sánchez escribió: “Encuentro francamente desmesurado, increíble y contraproducente la oferta de 5,000 para Corea. Ha caído pésimo en todos lados. Además, los norteamericanos no estiman eso, creo que es aconsejable vender antes que regalar.” V.R. Haya de la Torre y Luis Alberto Sánchez, *Correspondencia*, tomo I, Lima: Mosca Azul Editores, 1982, p. 462.

³⁵ Manuel Seoane, “Carta de 1952” en “Proposiciones para el 2do Congreso Postal de Desterrados Apristas y algunas conclusiones del 1er. Congreso Postal”

³⁶ De V.R. Haya de la Torre a Luis A. Sánchez, Noviembre 25, 1952 en V.R. Haya de la Torre y L. A. Sánchez, *Correspondencia*, tomo II, Lima: Mosca Azul Editores, 1982, p. 32.

diría Héctor Cordero Guevara—con un “miope reivindicacionismo” la apertura 45-48 que debió haber sido “la etapa de preparación de la revolución” en el Perú. El problema, según él, estaba en la visión estratégica, en el abandono de los principios, en la mezcla de eclecticismo y caudillismo que la conducción mesocrática del aprismo propiciaba. Sus planteamientos al Segundo Congreso Postal iban, notoriamente, más allá del modelo de revolución burguesa radical propuesta por Seoane. Proponía “un replanteamiento revolucionario” del partido: retomar el marxismo y los ideales primigenios, incorporar a la clase obrera y al campesinado, fundamentalmente indígena, como factores activos y conscientes.³⁷ Exilado en Buenos Aires, Cordero Guevara se había vinculado a los círculos de estudio del marxismo encabezados por Silvio Frondizi en los cuales, un peruano de simpatías apristas -- Ricardo Napurí— tenía un papel muy activo. Tomó de ahí ideas centrales para la constitución de la “izquierda aprista” y, eventualmente, de la “nueva izquierda” de los 60. Dos en particular: (a) la caducidad de la burguesía como fuerza progresista de vocación democrática e industrialista que, apoyada por los sectores progresistas del ejército y por la clase obrera, sería portadora de un nuevo tipo de sociedad y (b) la crítica balanceada del peronismo —a ser aplicada al caso del aprismo— ni como “desviación” ni como “epidemia” sino como una maciza realidad histórica de efectos irreversibles, como “un intento fallido de revolución nacional-burguesa” a ser rescatado y reorientado desde la izquierda.³⁸ De lo que se infería, la inutilidad de romper con el APRA, debiéndose agotar a su interior, más bien, todas las posibilidades de lucha. Identificado como marxista Cordero Guevara sería marginado del Comité de Desterrados de Buenos Aires. En 1957 retornó al Perú dispuesto a dar la lucha por consolidar a la izquierda aprista.³⁹

Desde Trujillo, simultáneamente, Luis de la Puente Uceda había encontrado su propio camino hacia el exilio. Era un hombre de acción. Un producto típico de la tradición “defensista” del partido. Pariente lejano del “jefe máximo,” militante desde la edad escolar, había sufrido a los 16 años —en 1944—su primera carcelería. Preso nuevamente en 1948 a raíz de la toma de la Universidad de Trujillo, sería finalmente deportado en 1953 tras organizar una huelga en el valle azucarero de Chicama. Encontraría en México un aprismo dividido. Guillermo Carnero Hocke, Manuel Scorza, Eduardo Jibaja, Juan Pablo Chang y Gustavo Valcárcel conformaban el ala radical. En diciembre de 1952 había renunciado éste último a la secretaria general del comité de deportados. Habíamos pensado —explicó—que “ante el sismo de la realidad” que el 48 había significado, “los líderes abrirían los ojos y cambiarían el rumbo de la nave aprista.”⁴⁰ Ninguna esperanza quedaba ya para él a fines del 52. En 1953, estando ya en Guatemala, Valcárcel fundó el Frente Revolucionario Peruano, un paso en el proceso que lo llevaría al PCP. El propio Luis de la Puente sería separado del Comité de México poco después. Ahí lo encontró Hilda Gadea hacia septiembre u octubre del 54, preocupado por “la explotación y la miseria que reinaba en nuestro país.” Haya había pasado por México tras finalmente abandonar la embajada colombiana en Lima a comienzos de junio de aquel año. A Hilda, Luis le contó que, en aquella oportunidad, el Jefe “había hecho llamar” a los separados del Comité de Exilados y que, “después de un sermón disciplinario,” había conseguido

³⁷ Héctor Cordero Guevara, “El Apra y la Revolución (Tesis para un replantamiento revolucionario)” [1952] en *Del Apra al Apra Rebelde* (Documentos para la Historia de la Revolución Peruana), Lima 1980, pp. 1-35.

³⁸ Horacio Tarcus, *El marxismo olvidado en la Argentina: Silvio Frondizi y Milcíades Peña*, Ediciones El Cielo por Asalto, 1996, pp. 26 y 141.

³⁹ J. Cristóbal, *¡Disciplina Compañeros!*, pp. 120 y ss.

⁴⁰ Gustavo Valcárcel, “El APRA y la claudicación de sus líderes,” (Publicaciones del Frente Revolucionario Peruano), Guatemala 1953, p. 11.

convencerlo de que se reincorporara aunque sin detentar cargo alguno. Le comentó, asimismo que, con miras a las elecciones presidenciales del 56, “se fraguaba una conciliación entre el APRA y las fuerzas reaccionarias representadas por la familia Prado, gran baluarte financiero en el país.” Con la cual, por cierto, él no estaba de acuerdo, siendo por el contrario de la opinión de que “era necesario rechazar las consignas del Partido” procediendo más bien a “hacer la revolución.” Planeaba con ese fin su regreso al Perú “donde se reuniría con un grupo de compañeros que lo estaban esperando.” Días después, en casa de la peruana Laura de Albizú Campos --esposa del luchador independentista puertorriqueño Pedro Albizú Campos—un grupo de exilados despidió al joven aprista quien partía de retorno al sur. En aquella ocasión el propio Luis había entonado “algunas canciones en quechua.” Tuve en mente --recordaría Hilda años después—presentarlo con Ernesto.⁴¹ Se conocerían recién en Cuba tras el triunfo de la revolución.

De la Puente retornaba al Perú comprometido con un proyecto subversivo que, desde Argentina, coordinaba Manuel Seoane y que contaba con el respaldo del General Perón y del MNR boliviano.⁴² Desde el Ecuador --con el apoyo de un general peruano residente en ese país-- entrarían al Perú para proseguir con sus planes. Otro grupo entraría por Bolivia. La liberación de Haya se interpuso en sus planes. No bien libre, el líder aprista se había abocado a consolidar su control del partido, proceso bastante avanzado ya por el círculo de sus más fieles allegados. Se había dirigido a Montevideo primero para poner en línea al propio Manuel Seoane. Para desalentar, sobretodo, la cercanía que algunos de los desterrados habían ganado con el General Perón. Visitó luego Guatemala y México donde, tras sermonear a De la Puente, se dirigió a Europa adonde permanecería hasta 1957. En esas circunstancias, el plan insurreccional con el que De la Puente se había comprometido perdía viabilidad. De la Puente, Carnero Hocke, Fernández Gasco y otros compañeros, quedaron atrapados en el medio. Entraron al Perú sólo para encontrar que sus propios compañeros facilitaron su detención. La traición y las torturas marcarían el espíritu del joven dirigente.

Hilda Gadea representaba otra de las hebras del entramado surgido del fiasco del 48: el celo, la disciplina, la formación intelectual de la mujer aprista. Su memoria escrita perfila, asimismo, los dilemas que acechaban a los militantes de esa organización. Poseía una apreciable formación marxista. De cultura rusa, además de Lenin, conocía la clásicos literarios de las décadas previas a la revolución. La revolución china era su nueva pasión. Admiraba la larga lucha del pueblo chino cuya realidad equiparaba ella a la de “nuestras masas campesinas indígenas.”⁴³ Tenía, por sobretodo, alma de militante. Decía no tener metas de tipo profesional. Sentido de misión más bien. La certeza de que “no podíamos ser felices viendo explotación y miseria,” por lo que, “hacíamos el propósito de dedicarnos a remediar en lo posible estos males, invirtiendo nuestras vidas y nuestro esfuerzo en ello, no importa los riesgos que significara.” En sus propias palabras, un “sentido agónico” de la vida en la línea de Unamuno. Sin temor a la muerte, dispuesta a afrontarla en beneficio de la sociedad. “Como militante política --aseveró Hilda-- dejé atrás los problemas absolutamente individuales, adoptando una conducta de lucha.” ¿Cómo vos, que piensas como comunista, eres aprista? le interpelaba Ernesto Guevara en 1954 quien trataba, por ese entonces --por propia confesión-- de persuadirla “de que se

⁴¹ Hilda Gadea, *Che Guevara, años decisivos*, México: Aguilar Editor, 1972, p. 103.

⁴² Véase sobre el tema, J. Cristóbal, *¡Disciplina Compañeros!*, pp. 135 y ss. y Manuel Jesús Orbegoso, “Luis de la Puente Uceda: Un rebelde con causa” en MJO-Entrevistas, Lima 1989, pp. 46-53.

⁴³ *Ibid.*, p. 37.

largue de ese partido de mierda.”⁴⁴ Gadea respondía que el PAP era un medio, una fuerza para llegar al poder e iniciar el proceso de “hacer una sociedad nueva.” Que, “como muchos dirigentes juveniles del APRA así lo creíamos, todo ese aparente abandono de las banderas principales de lucha eran tácticas” temporales, pero que, una vez en el gobierno, el APRA haría una verdadera transformación.”⁴⁵

En los días finales de Arbenz, Hilda era la única representante en Guatemala de la “tendencia izquierdista dentro del APRA.” A su paso por ese país, quiso esta plantearle al Jefe que no viajase a los EEUU, que ello tendría “consecuencias dentro del APRA, que esa actitud para el pueblo sería muy confusa.” No pudiendo hacerlo le entregó una carta conteniendo sus planteamientos. No recibiría respuesta.⁴⁶ Tiempo después, ya desde México, tras ver partir a Ernesto —convertido ya en su esposo— en la legendaria expedición del “*Granma*” Hilda regresaría a ocupar su puesto, como dirigente aprista, en su país natal. Tras la tortura y el encierro sufrido a raíz de su captura, Carnero Hocke optó por un proyecto aparte, el Partido Nacionalista Revolucionario Peruano de breve e insignificante existencia. De la Puente Uceda, por su parte, eligió reincorporarse al PAP identificado ya como líder de la izquierda aprista. A mediados de 1957, se encontró con Héctor Cordero Guevara por primera vez. Me dejó —recordaría éste años después— una “extraordinaria impresión,” un hombre con ideas definidas; con la fuerza espiritual y la voluntad que presagiaban “a un verdadero dirigente.”⁴⁷ Juntos harían la etapa final de su infructuoso esfuerzo por reorientar al APRA y que habría de culminar en su expulsión.

Con la salida de Haya de la embajada colombiana, tras su crisis más profunda, el PAP, de alguna manera, retornaba a la normalidad. Las primeras declaraciones del líder aprista no permitían abrigar demasiadas esperanzas en un cambio en la línea del partido. Sus compañeros más radicales esperaban una denuncia encendida de la dictadura. Sorprendió en primer lugar que escogiera una revista *yankee* --*Life* en español— para reencontrarse con el mundo.⁴⁸ Nada contra el imperialismo, avanzaba sus reflexiones, más bien, sobre el papel de las “naciones americanas” en el marco de la “pugna mundial.” A los 55 años, el combatiente de otros tiempos aparecía pausado y cauteloso. Su objetivo —como sugiere Frederick B. Pike— era construir un nuevo partido bajo el manto de la continuidad de la tradición aprista.⁴⁹ Proponer al PAP, en tal sentido, como modelo de partido democrático alternativo tanto a los PC como a los populismos autoritarios tipo peronista. Andrés Townsend sintetizó el objetivo de la reorientación aprista: en Latinoamérica, los Partidos Socialistas terminaban siendo tributarios del comunismo; la moderna democracia social, en cambio, requería tenía como “instrumento propio de realización” a los “partidos del pueblo” cuyo “arquetipo” era el PAP, hermano mayor de la emergente “izquierda democrática latinoamericana.”⁵⁰ Durante los 50, Haya pondría particular énfasis en difundir esta visión en los medios académicos norteamericanos donde, en efecto, encontraría particular simpatía.⁵¹ Apristas de izquierda como Alfredo Hernández Urbina, pensaban, por aquel entonces, que la posibilidad de que el APRA deviniese Partido

⁴⁴ Luis Hernández Serrano, “Ernesto no me gustó” (Testimonio de Myma Torres Rivas sobre la formación revolucionaria del joven Ernesto Guevara en Guatemala y su amistad en México) en *Juventud Rebelde Digital*, 14 de junio del 2003, http://www.jrebelde.cu/2003/abril_junio/jun-14/print/ernesto.html

⁴⁵ H. Gadea, *Che Guevara Años Decisivos*, p. 34.

⁴⁶ *Ibid.*, p. 39.

⁴⁷ Juan Cristóbal, ¡*Disciplina Compañeros!*, p. 153.

⁴⁸ V.R. Haya de la Torre, “Cinco años de exilio en mi patria.”

⁴⁹ Frederick B. Pike, “The Old and the New APRA in Peru: Myth and Reality” en *Inter-American Economic Affairs*, 18(2), Otoño 1964: 3-45.

⁵⁰ Andrés Townsend Escurra, “El Partido Aprista y las elecciones generales de 1962” en *Cuadernos* (Congress for Cultural Freedom), [Paris], vol. 57, febrero 1962, pp. 27-46.

Democrático Revolucionario pasaba por “bajar al llano” a la vieja guardia, promoviendo simultáneamente una democratización del partido a través de: permitir “la existencia de corrientes y contracorrientes internas como legítima expresión de democracia política,” la realización de congresos anuales que “normen la vida partidaria,” impidiendo la reelección de quienes habían sido parlamentarios del 31 al 45 y, por último, cancelando “la Jefatura del Partido,” lo que conllevaba “abolir la organización vertical.”⁵² Nada podía impedir para ese entonces la negociación en curso con Manuel Prado que permitiría al PAP recobrar status legal.

En marzo de 1956, una Convención Nacional del partido dio facultades a Ramiro Prialé para “concertar alianzas o pactos con cualquier fuerza política con el fin de conseguir la legalidad del partido” manteniendo, por cierto –en palabras de un historiador aprista–, “el decoro y la dignidad de las banderas programáticas e ideológicas del aprismo redentor.” A cambio de su apoyo electoral, los apristas exigían, “el retorno a la legalidad, la libertad de sus detenidos, el regreso de los deportados, la devolución de los bienes incautados y el respeto a los actos ciudadanos.”⁵³ Manuel Pardo sería el elegido. Estaba en curso la formación de los que los propios apristas denominarían como el “régimen de la convivencia.” De una disciplina aceptación de dicho régimen dependía, supuestamente, que en 1962 las Fuerzas Armadas y la oligarquía –los grandes enemigos del aprismo– permitiesen su llegada al poder. Después de una dictadura –diría Haya de la Torre– “los pueblos como los individuos necesitan un período de convalecencia.”⁵⁴ Con el poder una vez más al alcance de la mano, en todo caso, la posibilidad de un APRA radical --que había parecido relativamente cercana entre fines de los 40 e inicios de los 50-- se alejaba acaso definitivamente. De acontecimientos que ocurrían lejos del Perú surgiría un nuevo intento por reconciliar al antiguo partido con sus supuestos “ideales primigenios” revolucionarios. En diciembre de 1956, cuando Prado llevaba cinco meses en el poder, los expedicionarios del *Granma* arribaban a la costa Este de Cuba.

El embrujo cubano

Veinte años tenía Ricardo Gadea cuando arribó a Cuba, procedente de Argentina, en enero de 1960. Del Colegio Militar Leoncio Prado de Lima a la Universidad de La Plata había ido descubriendo su identidad aprista. Le venía por tradición familiar: de su padre, un modesto trabajador aprista como de su hermana Hilda exilada en Guatemala desde el 49.⁵⁵ En Argentina había conocido y hecho amistad con otro joven viajero peruano, el jaujino Máximo Velando. Hijo de campesinos, quechua-hablante, había salido de su tierra –a los 20 años-- en 1952. Siguió en ese país estudios de Economía. Vinculándose, asimismo, a la Juventud Comunista Argentina. Trabajó, asimismo como obrero llegando a tener participación gremial. En 1961 decidió volver al Perú. Tras permanecer por unos meses en su tierra natal partió a Cuba por su propia cuenta. Un mes y medio le tomaría

⁵¹ Robert Alexander, “The Latin American Aprista Parties” en *Political Quarterly*, vol. 20, no. 3, Julio-Septiembre 1949, pp. 236-247 y Harry Kantor, *The ideology and program of the Peruvian Aprista movement*, Berkeley, California: University of California Press, 1953. En noviembre 25 de 1952, Haya escribió a Luis Alberto Sánchez que a académicos como Kantor había que “como fichas,” había que “jugar con ellos y coincidir en lo que ellos nos favorecen” en V.R. Haya de la Torre/Luis Alberto Sánchez, *Correspondencia*, 1952-1976, Lima: Mosca Azul Editores, 1982, vol. II, p. 36.

⁵² Alfredo Hernández Urbina, *Los partidos y la crisis del Apra*, Lima 1956, p. 19.

⁵³ Víctor García Toma, *Las alianzas del APRA*, Lima: Promociones Gráficas Imagen, 1982, p. 110.

⁵⁴ Citado en *ibid.*, p. 122.

⁵⁵ Entrevista con el autor, Lima, Agosto 14-15, 2003.

llegar desde Lima hasta la isla.⁵⁶ Ahí, a mediados de los 60, se reencontró con Ricardo enrolado ya como estudiante de comunicaciones en la Universidad de La Habana. Juntos se ofrecieron a colaborar en la defensa de Cuba en los azarosos días de la crisis de los misiles. A través de Ricardo consiguió entrevistarse con el Che. Este, le habría planteado que “debía regresar a su patria y militar, porque era a través de la militancia político-partidaria que podía tener acceso a cualquier permanencia en Cuba” puesto que, en esos momentos, “era una persona que viajaba espontáneamente” su estadia tenía limitaciones precisas.⁵⁷ Cuba era como un magneto; una fuente de curiosidad e ilusión frente a los años grises del ochenio de Odría: tiempos de amargura, frustración y escepticismo.⁵⁸

A Cuba, Ricardo había llegado invitado por su hermana Hilda, quien, a su vez, había llegado a la tierra de Martí a raíz de su vínculo con el Che con quien compartía una hija. En Lima, Hilda había impulsado actividades de solidaridad con Cuba con apoyo de la juventud de su partido entre quienes la lucha de los “barbudos” caribeños despertaba marcada simpatía. Al partir a la isla seguía aún vinculada al aprismo. Una vez en Cuba, a pesar de la ruptura de su vínculo marital con el Che, Hilda seguiría siendo conducto privilegiado de los revolucionarios peruanos con su célebre ex-esposo. Así lo comprobó Ricardo Napurí, uno de los primeros izquierdistas peruanos en conocer al Che tras la victoria revolucionaria. También a él, Odría le había lanzado al exilio. Un aviador militar deportado –según testimonio propio-- por haberse negado “a bombardear a marinos y militantes de la izquierda aprista en la insurrección de octubre de 1948.”⁵⁹ En Argentina, el abogado Silvio Frondizi lo ayudó a salir de la cárcel naciendo entre ellos un vínculo intelectual y político.⁶⁰ El 8 de enero de 1959 --en el avión que trasladaba a exilados cubanos y a los propios familiares de Guevara-- arribó Napurí al “primer territorio liberado” de América, conociendo al comandante argentino cuando “vestía aún ropa de campaña, con algo de barro en sus pantalones y zapatos.”⁶¹

Conocer al Che y convertirse en militante de la Revolución Cubana fueron, para Napurí, prácticamente, una misma cosa. A su ofrecimiento de colaboración, el comandante respondió indicándole que la manera más efectiva de hacerlo sería retornando al Perú “con la tarea de ver qué organizaciones y hombres apoyaban a Cuba, pero que a la vez estuvieran dispuestos a asumir un compromiso revolucionario.” “Aceptas o no aceptas” le dijo. Fue así --rememoró el peruano-- que “decidí abandonar todo, mi familia, mi trabajo, todo.” Así, tras una década de ausencia, volvió el ex --aviador al Perú convertido en emisario nada menos que del líder de la “revolución continental” que se iniciaba. No le era ajena a Guevara la situación peruana, las tensiones del APRA en particular, que le hacían recordar al peronismo de su tierra natal. Que no comprendía --reveló el comandante a Ricardo Napurí en 1959-- por qué los trabajadores argentinos demoraban en liberarse de las ataduras de un movimiento “proclive a pactar y capitular al imperialismo.” De seguro vio en el núcleo de los “apristas rebeldes” el imprescindible elemento de voluntad para derivar hacia la izquierda los contingentes populares enrolados en sus filas. A través de Hilda Gadea se había familiarizado con la historia

⁵⁶ “Testimonio de Carmen Gastán Olivera” [viuda de Máximo Velando] en Juan Cristóbal, “Maximo Velando: el optimismo frente a la vida (El vencedor de Yahuarina),” Lima: Ediciones Debate Socialista, 1984, pp. 21-29.

⁵⁷ “Testimonio de Ricardo Gadea” en *Ibid.*, pp. 17-20.

⁵⁸ Miguel Gutiérrez, *La generación del 50: un mundo dividido*, Lima 1988, p. 23.

⁵⁹ José Bermúdez y Luis Castelli, “Treinta años del Che” (Entrevista a Ricardo Napurí) en *Revista Herramienta*, no. 4, <http://www.inisoc.org/che.htm>

⁶⁰ H. Tarcus, *El marxismo olvidado en la Argentina*, p. 143.

⁶¹ J. Bermúdez y L. Castelli, “Treinta años del Che.” Las citas siguientes corresponden a este importante texto.

aprista. De ahí entonces que orientara a Napurí hacia la emergente izquierda aprista. “Estando aún en Cuba, y por consejo del Che –recordaría éste-- adherí al Apra Rebelde.” No tuvo al llegar a Trujillo, sin embargo, un recibimiento entusiasta. Como años después recordaría, recién llegado de Cuba, pistola en mano, “uno de los lugartenientes de Luis de la Puente” me dijo: “Te retiras de acá, hijo de puta. Vienes a quitarnos lo que tenemos. Fuera. No les agradaba verme llegar como un hombre ‘protegido’ de Cuba.” Las suspicacias no desaparecerían prestamente. Un tema era declararse en “rebeldía” dentro del APRA y otro, muy distinto, era optar por lo que se perfilaba ya como una opción comunista. A fines del 59, los apristas rebeldes norteños eran un núcleo merodeado y sumido en la incertidumbre.

Del APRA Rebelde al MIR

En octubre de 1958, en la IV Convención del PAP –ya restablecida su legalidad--, pudo tener lugar el debate postergado desde 1948. Ahí, una moción –apoyada por el núcleo juvenil encabezado por De la Puente—, pretendió traducir el aprendizaje del período en una crítica al *establishment* partidario y en una propuesta para rescatar lo que, a su parecer, era el sentido esencial de la historia del APRA. Las concesiones de la llamada “convivencia” –sostenían—terminarían cambiando la naturaleza misma del partido. No una legítima transición sino un servicio a los intereses de la oligarquía era el resultado neto –según ellos-- de la opción del 56. El régimen pradista –ha escrito Frederick B. Pike — había significado el más desperdiciado sexenio de la historia peruana del XX.⁶² Como resultado, una a una las banderas históricas del APRA –denunciaba el grupo disidente— habían sido arrebatadas por fuerzas nuevas como Acción Popular, el Movimiento Social Democrático y la Democracia Cristiana.⁶³

Incluso, de ganar --“por los caminos de la transacción y el convenio”-- en el 62, ¿no significará eso la muerte de nuestro movimiento? ¿no tenían acaso, movimientos históricos como el APRA, un “destino que cumplir?”⁶⁴ Su “normalización,” su metamorfosis a la “condición de cualquier partido tradicional” que hacía del “silencio o la concesión” para llegar al poder era lo que los herederos del espíritu “vanguardista” del aprismo se negaban a aceptar. No bastaba que, en esa apelación, la propia obra de Haya de la Torre fuese esgrimida como guía del reciclaje partidario. Sus escritos, en realidad, eran los textos de una larga cruzada resuelta en un irritante pragmatismo percibido como una búsqueda de acomodamiento que negaba los ideales “auténticos” del aprismo. presentista. Frente al *Antiimperialismo y el APRA* de los 20, su *Treinta años de Aprismo* era la nueva voz oficial.⁶⁵ Propuestas de rectificación, de democracia interna, de

⁶² F. B. Pike, “The Old and the New APRA in Peru: Myth and Reality,” p. 37.

⁶³ Sobre el desarrollo de estos movimientos, véase: Fernando Belaúnde Terry, *Pensamiento política de Fernando Belaúnde Terry*, Lima: Populista, 1979; Pedro Lizazaburu T, “La caída del régimen belaudista: un análisis político: o, La tragicomedia de los hombres de la renovación,” Lima: Pontificia Universidad Católica del Peru, Departamento de Ciencias Sociales, Area de Sociología, 1976; Héctor Cornejo Chávez, *Democracia cristiana y revolución*, Lima 1968 y *Nuevos principios para un nuevo Perú*, Lima, Imp. El Cóndor , 1960 Planas Silva, Pedro. Biografía del movimiento social-cristiano en el Perú, 1926-1956: apuntes. Lima: Facultad de Teología Pontificia y Civil de Lima, 1996 y Juan Abugattas, “Aspectos del pensamiento social de Augusto Salazar Bondy” en *Pensamiento político peruano 1930-1968*, Lima: DESCO, 1990, pp. 333-334.

⁶⁴ “La Realidad Nacional y la línea política de la Convivencia.” Moción presentada en la IV Convención del Partido Aprista el 10 de octubre de 1958 en *Del Apra al Apra Rebelde* , pp. 56-108.

⁶⁵ Para un análisis de los contrastes entre ambos textos, véase Mariano Valderrama, “La evolución ideológica del Apra, 1924-1962” en *El APRA: un camino de esperanzas y frustraciones*, Lima: Ediciones El Gallo Rojo, 1980, pp. 1-98.

“renuncia inmediata de todos los apristas que ocupan cargos diplomáticos, municipales y políticos” en el régimen pradista, no tenía lugar en la fórmula transicional concebida por los líderes del partido. ¿Era posible separar al Haya de la Torre de los 50 de su pensamiento de los 20? Su propuesta misma, en realidad, los había puesto fuera del partido. Ante la sanción, el pequeño núcleo norteño se constituyó en Comité de Defensa de los Principios y, posteriormente, en APRA Rebelde, como “organización autónoma para la realización del ideario aprista” abandonado por “los actuales dirigentes convivientes,” estableciendo como objetivo fundamental, la creación de una “conciencia revolucionaria para organizar y acelerar el proceso de la revolución nacional.”⁶⁶ ¿Así que te expulsaron? preguntaría el periodista Manuel Jesús Orbegoso en 1959 a un Luis de la Puente asediado por el asma y la ansiedad. “Miserables –respondió— no saben que ahora somos más apristas que nunca.”⁶⁷

A mediados de 1959, De la Puente se mantenía aún dentro de los marcos de una perspectiva nacionalista radical. Tras su carcelería de 1955 se había abocado al tema agrario. En 1957 había presentado como tesis doctoral su estudio “La Reforma del Agro Peruano.”⁶⁸ Se inclinaba ahí por una fórmula de “anti-feudalismo realista” equidistante de los planteamientos imperialistas como de los aquellos “intoxicados de marxismo.” Reforma Agraria sí. Pero no por el “camino revolucionario” –escabroso, cruento y de consecuencias muy dudosas— sino como “acto legítimo de promoción del desarrollo,” ejecutado en “estricto cumplimiento de la Constitución y las leyes.” Un camino evolutivo perfectamente encuadrado dentro del “ideal indo-americanista” expresado por el aprismo y que, en la revolución boliviana, había encontrado adecuada concreción. Conservaba en buena medida esa visión al momento de su primer viaje a Cuba en julio de 1959. Así lo dejó saber en un forum sobre la Reforma Agraria cubana dónde se pronunció en favor del respeto a la propiedad privada, del “derecho a una parcela” del campesino cubano en aras de una transformación con justicia y libertad. Apasionado como era, demandó con insistencia –según Marco Antonio Malpica—una definición de los cubanos, quiénes, en realidad, prefirieron no responder.⁶⁹ Estas posiciones --como las expuestas en el proyecto de ley presentado por los “apristas rebeldes” en octubre de 1961-- no se distinguían demasiado de las defendidas por los nuevos grupos reformistas que surgieron de la lucha contra la dictadura de Odría: AP, DC, MSP. Dentro del propio Ejército e Iglesia Católica se registraban fuertes indicios de preocupación reformista. Así, a mediados de los años 60 el Prelado de una de las zonas más pobres del sur andino peruano solicitó que la Asamblea Episcopal Peruana discutiese el problema de las propiedades de la Iglesia temeroso de que dicho tema fuese levantado por los agitadores comunistas, crecientemente agresivos después del “éxito” castrista.

“El espectáculo que vemos hoy en Cuba –manifestó—se puede repetir en el Perú. El R.P. Ramblot, O.P. de la Misión Leuret nos dijo hace dos años que las actuales condiciones socio-económicas en el Perú son las peores de toda América del Sur, con la excepción de Bolivia. Estas condiciones, dijo, son hechas a medida para el ataque comunista. Quizás se puede objetar que estoy viendo sólo el problema de la sierra; pero no nos olvidemos de que el movimiento de Castro se inició en la

⁶⁶ “La Realidad Nacional y la línea política de la Convivencia,” pp. 123-24.

⁶⁷ M. J. Orbegoso, “Luis de la Puente Uceda: Rebelde con Causa,” p. 46.

⁶⁸ Publicada posteriormente como La Reforma del Agro Peruano, prólogo de Marco Antonio Malpica, Lima, s/f.

⁶⁹ Marco Antonio Malpica, Biografía de la Revolución. Historia y Antología del Pensamiento Socialista, Lima: Ediciones Ensayos Sociales, 1967, pp. 503-504.

*Sierra Maestra de Cuba, y que estamos a muy pocos kilómetros de la influencia boliviana, la que sentimos mucho.*⁷⁰

En noviembre de 1960, con la transformación del APRA Rebelde en MIR el proceso hacia la construcción de una identidad nueva entraba en una nueva fase. Es el inicio del curso que lleva a Mesa Pelada 1965. La influencia de los pupilos de Silvio Frondizi – Napurí y Cordero—se dejaba sentir así en la partida de nacimiento de una “nueva izquierda” en el Perú. A mediados de los 50, el argentino había fundado la primera de varias organizaciones con este nombre en Latinoamérica: el MIR-Praxis.⁷¹ Siete meses antes de la decisión de los peruanos, un flamante MIR venezolano se había pronunciado por el camino armado. Entre el ímpetu guevarista y la crítica filo-trotskista del comunismo pro-soviético se delineaba una nueva forma de ser izquierdista. Apuntando en esa dirección, los peruanos aspiraban a superar el “camino evolucionista” del “compromiso y la componenda” para apuntar a los movimientos sociales que conmovían el país. La defección del PAP, más aún, coadyuvaba a configurar un escenario de polarización en que, “la solución oligarco-imperialista” contendría con la “solución popular, revolucionaria” por definir el ya insostenible impasse que entrampaba el desarrollo nacional. Una Reforma Agraria “radical y profunda” era, en este sentido, la medida prioritaria. De ahí que, la organización del campesinado en el plano nacional era “la tarea imperativa del momento actual.”⁷²

Inevitablemente, aquel definitivo paso hacia la izquierda, dejaba en el camino a muchos “apristas rebeldes.” Javier Valle Riestra, por ejemplo, se había sumado al APRA Rebelde, según dijo, por “un exceso de ortodoxia,” porque “quería realizar los ideales cubanos de ese instante, de Pan con Libertad.” Apartándose luego, al ver que lo que surgía era una organización “stalinista.” En 1962, finalmente, a raíz de un artículo en el diario aprista “La Tribuna” titulado “El 10 de junio votaré por Haya de la Torre” este lo llamó y le dijo: “ven al partido, el mundo es amplio, el partido es enorme, las puertas están abiertas, estás amnistiado.” A pesar de haberse marchado del PAP, Valle Riestra había seguido siendo “ideológicamente aprista.”⁷³ Para De la Puente, por el contrario, el paso siguiente era despojarse de aprismo, adoptar una visión nueva, romper con el vínculo emocional que la identidad aprista –y la identificación personal con Haya de la Torre-- conllevaba. Si unos se marchaban debido al giro, otros se sumaban, precisamente, atraídos por este. Máximo Velando, por ejemplo. A su retorno de Cuba, este se había trasladado a su terruño, en la sierra central, donde habría desarrollado intenso trabajo político, llegando a ser elegido dirigente en un congreso de comunidades. En 1962, Ricardo Gadea tendría la “gratisima sorpresa” de encontrarse con Máximo al recibir en La Habana a una “delegación de militantes” del MIR.⁷⁴

El cambio de perspectiva reflejaba, sin duda, una cada vez más intensa relación con Cuba. En julio de 1960 una delegación del APRA Rebelde había viajado a la isla. El propio De la Puente permaneció en tierra caribeña por algunos meses. Eran meses decisivos para el régimen castrista. En la plaza de la revolución habanera, los peruanos escucharon a Fidel vaticinar la transformación de la cordillera de los Andes en una

⁷⁰ De Nevis Hayes, Prelado Nulius de Sicuani [Cuzco] a Mons. Juan Landázuri Ricketts, Presidente de la Asamblea Episcopal, Septiembre 26, 1960. En Archivo de la Prelatura de Sicuani.

⁷¹ H. Tarcus, *El marxismo olvidado*, p. 149.

⁷² MIR, “Manifiesto de Chiclayo,” Lima: Ediciones Voz Rebelde, 1963, p. 13.

⁷³ “Lo que no había dicho Javicho” en *Caretas*[Lima, Perú], Agosto 13, 1998, no 1529 <http://www.caretas.com.pe/1998/1529/javier/javier.htm>

⁷⁴ “Testimonio de Ricardo Gadea” en J. Cristóbal, “Máximo Velando: el optimismo frente a la vida,” p. 18.

“Sierra Maestra hemisférica.” Por ese entonces comenzó a concebirse el plan insurreccional del MIR. Ante el planteamiento del Che –según Napurí– “del foco guerrillero como la herramienta primera y fundamental de la revolución,” De la Puente habría contestado con su visión de que, “la alianza del APRA Rebelde con Cuba se convertiría en un formidable catalizador.” Que una rápida crisis del PAP –atrapado en su dañino pacto con la oligarquía–, más aún, permitiría sumar a “miles de trabajadores y jóvenes al proyecto revolucionario” del MIR.⁷⁵ Situación tal permitiría un esquema organizativo más amplio y complejo que aquel delineado por el foco. Era el comienzo de una discusión entre De la Puente y el Che que se prolongaría a lo largo de los siguientes dos años. En el Perú, mientras tanto, el estallido campesino a través de la sierra aceleraba aún más el tiempo político.⁷⁶

La Hora de la Vanguardia

Hugo Blanco Galdós fue uno de los cerca de diez mil peruanos que habrían salido hacia la Argentina durante los años odriístas.⁷⁷ Ahí, como otros compatriotas suyos, pasó por los círculos de Silvio Frondizi para recalar, posteriormente, en el grupo trotskista de Nahuel Moreno. Volvió al Perú con el inicio del régimen de la “convivencia.” Pretendía insertarse en el movimiento obrero, terminó como organizador campesino. En la cárcel del Cuzco conoció a los dirigentes de Chaupimayo, valle de La Convención, quienes sostenían una áspera confrontación con los hacendados de su localidad. En lucha contra los asesores “stalinistas” ahí involucrados, Blanco buscó radicalizar la lucha de los sindicatos agrarios impulsando acciones directas, la conquista de la tierra y la organización del valle con criterios netamente campesinos. Su vínculo con la población local más que ideológica se explicaba más bien por su identificación cultural, cotidiana, pragmática con el campesino andino; su reconocimiento de “la fuerza de nuestra raíz india.” “Nuestra opresión no es solamente económica –diría– se nos aplasta nuestra cultura, somos los escupidos.”⁷⁸ El indigenismo, en sus escritos, recobraba fulgor su pretendido fulgor revolucionario. Carismático, decidido, su figura creció a niveles míticos durante 1960, infundiendo en los grupos “vanguardistas” ubicados a la izquierda del PC un fuerte sentimiento de urgencia e inevitabilidad. “Por primera vez en nuestra historia republicana –editorializaba un diario trotskista– somos testigos de una movilización a extensión y profundidad que abarca a decenas de miles de campesinos.” La perspectiva era irrefutable: la “revolución agraria.” Desde este ángulo ¿qué peso podía tener un proceso electoral que dejaba al margen a más de seis millones de campesinos? Con su gran movilización, el campesinado mostraba la futilidad del “camino pacífico para la revolución.” Y si, hasta ahora “nos debatíamos en mil problemas teóricos” la Revolución Cubana proporcionaba un “común denominador,” la base para formar un “partido único de la izquierda revolucionaria.”⁷⁹

Los sindicatos campesinos que proliferaban por la sierra del Perú eran, según Blanco, las bases de un “partido revolucionario *sui generis* de masas” al que el trabajo de los

⁷⁵ J. Bermúdez y L. Castelli, “Treinta años del Che” (Entrevista a Ricardo Napurí), p. 4.

⁷⁶ Véase sobre el tema: Howard Handelman, Struggle in the Andes: peasant political mobilization in Peru, Austin: University of Texas Press, 1974; Eric Hobsbawn, “Peasant Land Occupations” en *Past and Present* 62, febrero 1974, pp. 120-152; Hugo Neira, “Sindicalismo campesino y complejos regionales agrícolas” en *Aportes* [Paris, Francia] no. 18, octubre 1970, pp. 27-67 y Cuzco: tierra y muerte, reportaje al sur, Lima, Problemas de Hoy, 1964.

⁷⁷ Alfredo Hernández Urbina, Nueva Política Nacional, Trujillo: Ediciones Raíz, 1962, p. 53.

⁷⁸ Tierra o Muerte, México: Siglo XXI Editores, 1974, p. 148.

⁷⁹ *POR* (Órgano del Partido Obrero Revolucionario) Nos. 9 (Julio 1, 1961) y 10 (Julio 20, 1961).

militantes urbanos no tenía sino que amoldarse. No serían en el Perú los focos guerrilleros a la cubana los que arrastrarían a las masas campesinas a la revolución sino que estas mismas, en su desarrollo, a partir de sus propios sindicatos, llegarían a la “defensa armada de las ocupaciones de tierras a través de la formación de milicias.”⁸⁰ Políticamente, la dupla Revolución Cubana-Movimiento Campesino –según Juan Pablo Chang-- cuestionaba el papel del Partido Comunista como “estado mayor obligado de las masas en la lucha por el poder en la revolución latinoamericana.” Su “pérdida del ritmo de la historia” propiciaba que, las propias masas, crearan “sus propios instrumentos de lucha” para avanzar hacia el socialismo.⁸¹

Varios proyectos comenzaron a armarse en torno a los logros de Blanco en La Convención. El del Secretariado Latinoamericano del Trotskismo Ortodoxo (SLATO) fue uno de ellos. Derivó en una serie de asaltos a bancos que, supuestamente, proveerían los fondos necesarios para montar el aparato político de apoyo al movimiento campesino. Todo terminó en un fracaso espectacular. La represión que estos suscitaron terminó destruyendo lo poco que los trotskistas locales habían logrado hasta entonces construir.⁸² A esa “desviación putchista” atribuiría Blanco la frustración del movimiento convenciano. A vincularse directamente con Cuba apuntó otro grupo de ex –militantes comunistas (Héctor Béjar y Guillermo Lobatón) y apristas disidentes (Juan Pablo Chang). Lo suyo era vanguardismo puro: buscar en la isla caribeña los medios para lanzarse a la acción directa. Investidos del “continentalismo” guevarista, saltarían las “vallas partidarias” para conectarse con aquella “inmensa población peruana a cuyas espaldas operaban los partidos.” En diciembre de 1961 arribaron a La Habana.

En febrero de 1962, en la segunda declaración de La Habana, lo que hasta entonces había sido una empresa secreta devino abierta y desafiante: el apoyo cubano a las luchas revolucionarias latinoamericanas. Por sus campos y montañas –diría en esa oportunidad el líder cubano—por sus llanuras y sus selvas, “los puños calientes de deseos de morir por lo suyo, de conquistar derechos por casi quinientos años burlados” sepultaban las razones, imponiendo la nueva verdad de su incontenible voluntad de lucha. El escalamiento del “continentalismo” conllevaba desplazar a los viejos comunistas: imponer la primacía de la “sierra” sobre el “llano,” de la acción directa sobre la teoría. En 1963, en una nueva versión de su célebre manual guerrillero, Guevara dejó de lado la idea previa de que, el origen democrático de un gobierno imponía restricciones a la posibilidad de lanzar acciones armadas.⁸³ Más que nunca, el destino de los Béjar y los De la Puente dependía del curso de aquellos debates.

⁸⁰ Aparte de Tierra o Muerte sus planteamientos son expuestos en El camino de nuestra revolución, Lima: Ediciones Revolución Peruana, 1963. Sobre sus experiencias en La Convención, véase: Tom Brass, “Troskyism, Hugo Blanco and the Ideology of a Peruvian Peasant Movement” en *Journal of Peasant Studies*, 16:2, Jan. 1989, pp. 173-197; Eduardo Fioravanti, Latifundismo y Sindicalismo Agrario en el Perú, Lima: Instituto de Estudios Peruanos, 1974 y Víctor Villanueva, Hugo Blanco y la rebelión campesina, Lima: Librería Juan Mejía Baca, 1973.

⁸¹ Juan Pablo Chang, “Cuba y el papel de la vanguardia” en *Revolución Peruana*, no. 5, Enero 5, 1963.

⁸² Para una historia detallada de este episodio, véase: Gonzalo Añi Castillo, El secreto de las guerrillas, Lima: Ediciones Más Allá, 1967.

⁸³ Véase al respecto, Matt Childs, “An Historical Critique of the Emergence and Evolution of Ernesto Che Guevara’s *Foco* Theory” en *Journal of Latin American Studies*, 27, 1995, pp. 593-624.

De la Sierra Maestra a los Andes

En 1962 había en la isla dos grupos de peruanos que habían partido con el fin de recibir entrenamiento guerrillero. Uno vinculado al APRA-Rebelde/MIR que había negociado directamente con el Che –con intermediación de Napurí– su arribo a Cuba y otro, más pequeño, encabezado por Héctor Béjar al que “amigos” del régimen revolucionario como el escritor Luis Felipe Angell “Sofocleto” y Violeta Carnero Hocke les habían servido de puente para llegar al “territorio liberado.”⁸⁴ Los instructores cubanos se aseguraron de mantenerlos separados. De manera casual, los primeros sabrían de la existencia de los segundos. Era la manera en que se manejaban las cosas. Béjar recordaría que su subrepticia salida de Lima quedó expuesta cuando, recién llegado a La Habana, se tropezó con un dirigente del PC peruano en el lobby del Hotel Riviera en que su grupo se encontraba alojados. Siguieron las quejas correspondientes que, por cierto, poco efecto tendrían en el ánimo cuestionador de los PC latinoamericanos promovido por el propio Che y que, más tarde, Regis Debray convertiría en teoría en *Revolución en la Revolución*. Desde un inicio, de otro lado, Béjar había sospechado que algo mayor se tramaba puesto que, como el propio Fidel le había dicho en la primera entrevista que sostuvieron, “son ustedes demasiado pocos, 150 como mínimo es lo que se necesita.” Ellos, no pasaban de la media docena.⁸⁵

Un tercer contingente de peruanos estaba integrado por unos 80 becarios que habían llegado a Cuba –según le expresaron a Fidel Castro en su primer encuentro– con el deseo de “aprender de las experiencias de la revolución cubana.” Cuba tiene toda la voluntad de ayudarles –habría respondido el comandante– sea que buscaran una profesión o conocer “nuestra experiencia revolucionaria.” Ricardo Gadea se integró a ellos. Un extenso tour por la Sierra Maestra fue parte de ese aprendizaje. Tres semanas demandantes, visitando los lugares sagrados del nuevo mito nacional cubano. Era evidente –recordaría Gadea– que, “entre los cuadros abocados al área internacional había una posición clara de favorecer la expansión de la Revolución Cubana para romper el aislamiento” pero su propio destino era todavía una incógnita. “En esos días –prosiguió– conversé mucho con Heraud. Un joven de extracción distinta a la del promedio. Un verdadero intelectual a pesar de su juventud. Una promesa. Tenía posibilidad de ir a Europa pero estaba ahí, en la Sierra Maestra. Vacilaba. Tenía dudas.” Cuando, de retorno a La Habana, sin embargo, Fidel confrontó al grupo con la opción definitiva –¿profesión o revolución?– el poeta cruzó el Rubicón hacia la lucha armada. Había nacido Rodrigo Machado. Nadie como él expresaría el ánimo con que dicho compromiso se asumía:

“Rodrigo Machado nació un día del mes de julio en La Habana, el año de 1962. (Su edad no se sabe aún pues tiene la edad de la lucha de su pueblo). La guerra contra el imperialismo a la que irá conjuntamente con 40 camaradas, dirá o callará los años que él ha de cumplir. ¿Se quedará en algún monte regado con una bala en el cuerpo? ¿Seguirá de viaje a la esperanza o lo enterrarán en el lecho de algún río, entonces enteramente seco? No, pero los ríos de la vida, de la esperanza, seguirán afluyendo con torrentes cristalinos. Porque en el río está la vida de un hombre de muchos hombres, de un pueblo de muchos

⁸⁴ Entrevista con el autor. Lima, agosto 20, 2003. “Sofocleto” era un conocido militante comunista peruano y Violeta Carnero Hocke era una militante aprista devenida izquierdista en los años 50. Su hermano Willy había participado con Luis de la Puente Uceda en el plan insurreccional de 1954 lanzado con apoyo peronista.

⁸⁵ Ibid.

pueblos. Y Rodrigo Machado, de pie o acostado, seguirá cantando con un fusil al hombre, porque el fusil será uno de los medios para lograr la liberación. Y una vez liberados, los hombres dignos y honrados dirán la verdad a todo el mundo sobre nuestro pueblo, sobre sus luchas y su futura vida. Sólo entonces, Rodrigo Machado y con él los 40 que partieron hacia la vida (de pie o debajo de la tierra) se sentirán felices y dichosos.”⁸⁶

Hecho el deslinde, los “becados” comprometidos con el proyecto armado fueron presentados a los “aprovechados” y al grupo de Béjar. El encuentro reprodujo los conflictos que prevenían la unidad de la izquierda en el Perú. Pesaban las tradiciones: por más críticos que fueran con sus partidos de procedencia, apristas y comunistas no se miraban bien. Estos últimos llevaban hasta el extremo la lógica anti-partido y de acción directa: no querían “un partido más,” construir, más bien, “una asociación libre de revolucionarios,” un “equipo militar disciplinado” que fuera el núcleo del “ejército revolucionario” de todo el pueblo, de la masa sin partido. Era la única manera de ir al fondo del problema, de superar complejos y acortar distancias. Solo desde “el seno de las masas” podía surgir el partido. Y sólo un partido en que “revolucionarios y explotados” se uniesen “en un solo haz” podría funcionar como “auténtica vanguardia” popular.⁸⁷ Era su manera de superar su frustración con el inveterado fraccionalismo de la izquierda local. Los miristas, en cambio, se veían como el muñón de un partido de gran tradición el cual, eventualmente, se convertiría en su núcleo reconstitutivo. Se veían, por lo tanto, como militantes de un proyecto mayor claramente identificable en la historia del radicalismo de su país. No estaban ahí como militantes dispersos que podían, por voluntad propia, suscribir un proyecto distinto. “Aún siendo una escisión, el MIR contaba con líderes provincianos, con experiencias, bases populares, gente que había sufrido carcelería, era una corriente, con una base social” recordaría Ricardo Gadea.⁸⁸ Una figura importante del grupo de Béjar como era Guillermo Lobatón Milla optó, en esa oportunidad por incorporarse al proyecto MIR.

Para agregar sal a las heridas, los cubanos proponían que Gonzalo Fernández Gasco —en su condición de delegado del grupo aprista rebelde— asumiera la coordinación general del grupo. El grupo de Béjar —e incluso algunos miristas— se rehusó de manera tajante. Fernández Gasco, expresaba para muchos de ellos lo más reprobable de la conducta aprista: la llamada “bufalería,”⁸⁹ el anticomunismo, la intemperancia y el caudillismo. Era él, sin embargo, el hombre de confianza de Luis de la Puente. El más indicado para representarlo en su forzada ausencia. Se extrañaba su autoridad y sus dotes diplomáticas en aquellas negociaciones. No estaba, sin embargo, el jefe del MIR, exento de ese rasgo de la formación aprista. A ello se debía, precisamente, su ausencia en La Habana. En un confuso incidente ocurrido en la ciudad de Trujillo —en febrero de 1961— había Luis empuñado su arma para, supuestamente, defenderse de una agresión de sus ex-compañeros apristas, ocasionando la muerte de uno de ellos. Por ello, purgaría carcelería

⁸⁶ “Explicación” en *Visión del Perú: Revista de Cultura*, vol. 5, p. 17.

⁸⁷ Héctor Béjar, *Las guerrillas de 1965: Balance y Perspectivas*, Lima: PEISA, 1973, pp. 17-18.

⁸⁸ Entrevista con el autor.

⁸⁹ En la memoria aprista, Manuel “Bufalo” Barreto aparece como el paradigma del combatiente popular. Barreto, un trabajador azucarero —anarquista y luego aprista— fue uno de los líderes de la revolución de Trujillo de julio de 1932. Muerto en el ataque al cuartel O’Donovan, fue uno de los 5,000 mártires apristas que la historia del PAP reclama. Su nombre sería aplicado a los “defensistas” del partido de las subsiguientes generaciones. Mientras que, para los enemigos del PAP, términos como “búfalo” o “bufalería” denotaban la prepotencia y el agresivo fanatismo del militante aprista.

hasta agosto de 1962. Su ausencia, coadyuvó a que el grupo de Béjar, a pesar de su precariedad, pasara a ser la prioridad de los anfitriones. Se acomodaban perfectamente a la impaciencia cubana de esa hora.

Como proyecto de partido que el suyo era, los miristas se veían retornando al Perú individualmente, para ir filtrándose hacia las “zonas guerrilleras” tras haber asegurado vínculos políticos y respaldo de masas. Sería un proceso paulatino, a través del cual iría determinándose los lugares más propicios para la acción militar. Imposible conciliar visión tal con el modelo de ingreso e inicio de la acción armada que el grupo de Béjar representaba: una columna de guerrilleros de verde oliva entrando, como invasores, por la frontera con Bolivia con una organización pre-establecida; con cada uno de sus miembros ocupando su puesto, retaguardia, vanguardia, etc. Fidedigna reproducción del modelo del Che, hasta el nombre –Ejército de Liberación Nacional—lo habían adquirido en Cuba en tanto que, cada uno de sus pasos, hasta su destino final, dependía de los asesores cubanos y sus vínculos bolivianos. Para cuando Luis de la Puente Uceda regresara a Cuba el flamante ELN era ya una irrefutable realidad. Acrecido con miembros del grupo de los “becados” como Javier Heraud, con 40 combatientes, en el segundo semestre del 63, aquel proyecto de foco partió hacia Sudamérica.

Su objetivo era alcanzar, desde la frontera boliviano-peruana, la zona de La Convención. Trescientos kilómetros de agreste territorio separaban a dicho valle del borde boliviano-peruano. Un obstáculo menor para la voluntad de lucha que dichos combatientes detentaban. De los labios del propio Fidel Castro los jóvenes peruanos habían recibido las orientaciones que les impulsarían hasta la localidad de Chaupimayo donde, en abril de 1962, Blanco –en lo que era el punto culminante de su carrera como organizador-- había sido elegido secretario general de la Federación Provincial de Campesinos de La Convención y Lares. Cuatro décadas después, Ricardo Gadea recordaría la sesión en que, frente a un mapa del Perú, el comandante cubano explicaba la fórmula para proceder con éxito por la ruta de Bolivia al área convenciana: había que ganar la cumbre de la cordillera y proceder a través de ella, de manera que, “si el ejército viene por el lado oriental ustedes se pasan al occidental y si vienen por el lado occidental se pasan al oriental.” Esa su memoria de lo que, más que una conferencia geopolítica, era un ritual de la voluntad. Inocultable la sensación de pasmo del entrevistado al retrotraer aquel episodio, dice más con la leve sonrisa irónica que con sus palabras. ¿Y nadie le discutió nada? Pregunto. Nada –responde– “había un gran voluntarismo, una simplificación de la información, un gran desconocimiento.”⁹⁰ No va más haya. Pesa, a través del tiempo, la fuerza de la lealtad, a Cuba y su revolución. Del encuentro con el líder cubano, Javier Heraud/Rodrigo Machado dejaría registro poético: “...escuché su voz de furia incontenible hacia los enemigos” y “recordé mi triste patria, mi pueblo amordazado, sus tristes niños, sus calles despobladas de alegría.”⁹¹

La estrategia del ELN, a fin de cuentas, no era sino el borrador de *¿Revolución en la Revolución?* que Regis Debray publicaría en enero de 1967.⁹² Así lo comprobarían aquellos combatientes en los duros caminos altoperuanos. El plan era cruzar al Perú por la provincia pacaña de Reyes, en la zona altiplánica boliviana, hacia Carabaya,

⁹⁰ Entrevista con el autor.

⁹¹ Citado en “He viajado por los pueblos de los sueños” Página Web en homenaje a Javier Heraud, Grupo de Trabajo y Propaganda “Amanecer Comunista Será” <http://www.geocities.com/Paris/Parc/5781/>

⁹² Regis Debray, *¿Revolución en la Revolución?*, La Habana: Cuadernos de la revista Casa de las Américas, 1967.

departamento de Puno, para luego enfilarse hacia el norte, al departamento del Cuzco. Se monta el operativo con ayuda del PC boliviano. Una vez en el terreno, no obstante, los contactos locales adujeron problemas de seguridad en esta ruta, propusieron ir más al norte, para intentar cruzar hacia el departamento peruano de Madre de Dios. De ahí, a través de la muralla verde amazónica, procederían hasta La Convención. Las vicisitudes de la empresa preludiaban aquellas que cinco años después atraparían en otra región de ese mismo país al propio Guevara.⁹³ Tres meses tomaría el mero traslado de los combatientes hasta el punto de cruce. Cuarenta años después, Héctor Béjar se preguntaría si los comunistas bolivianos que debían facilitarles el paso hacia el Perú no estaban, simplemente, tratando de deshacerse de ellos.⁹⁴ Que su presencia ponía en riesgo a sus compañeros presos fue una de las más consistentes quejas de sus contactos locales. Cortada la comunicación con los asesores cubanos debido a la “crisis de los misiles,” más aún, los combatientes del ELN quedaron en manos del PC local. Arribados al punto de cruce optaron por enviar un destacamento de avanzada compuesto por 8 hombres. Su tarea era, nada menos que tomar contacto con el movimiento de Blanco y preparar las condiciones para la entrada del grueso de la columna. Tras varios días de caminata entraron a la localidad de Puerto Maldonado, donde fueron detectados. Hubo una breve confrontación. La mayoría del grupo logró huir. Dos quedaron rezagados. Trataron de rendirse. Heraud cayó abatido. A través de la onda corta, sus compañeros captaron la noticia horas después. No quedó sino emprender el alucinante retorno. Béjar, hoy, prefiere reservarse los detalles. Su rostro denota una épica indecible. Promete contarla en un libro de memorias. Otros sobrevivientes prefieren no hablar. ¿Por qué entrar como una columna invasora en lugar de hacerlo de incógnito, por separado? Era el modelo cubano dice Béjar. ¿Cómo discutirle a su teórico y gran implementador? No era imposible hablar con el Che, le presentabas tu punto de vista –recordaría Napurí—, te escuchaba y te miraba “y tú te dabas cuenta de lo que pensaba: ¿y dónde hiciste tú la revolución?” y entonces “cedías a él.”⁹⁵

Del otro lado de la frontera, la situación política en que el ELN esperaba insertarse iba desvaneciéndose aceleradamente. En julio del año anterior, una Junta Militar de Gobierno había reemplazado al mandatario constitucional: la “convivencia” terminaba a trompicones. Con una combinación de concesiones y medidas represivas, el nuevo régimen comenzó a contener al movimiento campesino. En enero del 63, lanzaron los militares una gran redada nacional que llevó a la cárcel a miles de militantes y sindicalistas. Tras una escaramuza –ocurrida a mediados de diciembre de 1962– en que se produjo la muerte de dos policías, Blanco pasó a la defensiva. Un destacamento de 60 efectivos llegó a Chaupimayo a fines de mes. En febrero, un decreto-ley ordenaba el inicio de la Reforma Agraria en los valles de Lares y La Convención. Blanco quedó aislado. El 29 de mayo, finalmente, cayó en manos de sus perseguidores. Quince días después de la caída de Heraud. Desde prisión, unas semanas más tarde, reafirmaría su distancia de la “errónea” línea guerrillera: “admiré la valentía de los muchachos de Madre de Dios –diría--, pero siento mucho que tanta energía revolucionaria se haya desperdiciado.”⁹⁶

⁹³ Para un análisis reciente de los aspectos militares de la campaña del Che en Bolivia véase, Paul J. Dosal, *Comandante Che. Guerrilla Soldier, Commander, and Strategist, 1956-1967*, Pennsylvania: The Pennsylvania University Press, 2003.

⁹⁴ Entrevista con el autor. Lima, agosto 20, 2003.

⁹⁵ “A treinta años del Che”

⁹⁶ Hugo Blanco, “Generalidades sobre el modo de acción del militante de la ciudad que atiende al campo y algunas notas,” Cuartel Mariscal Gamarra, junio de 1963 en *Revolución Peruana*, órgano del FIR, Julio 2, 1963, pp. 7-11.

De estos acontecimientos supo Luis de la Puente desde prisión. Salió recién en agosto del 62, tras 18 meses de confinamiento. Se trasladó, a los pocos días, al valle de La Convención. Cuba –según recordaría Ricardo Napurí—les había ordenado tomar contacto con Hugo Blanco. De la Puente se habría resistido, subrayando su desinterés por unificarse con este o con el propio Béjar. Pensaba –según el mismo testimonio-- que el liderazgo de la revolución debía estar en manos del MIR y tenía suspicacias de tratar con un trotskista como Blanco o, inclusive, con el propio Napurí a quien comenzó a ver también como trotskista. Tras una “gran discusión,” finalmente, el viaje se realizó. Una vez allí –según Napurí--, De la Puente quiso aprovecharse del hecho de “que Blanco acostumbraba a homenajear a quien lo visitaba con una gran conmemoración, con miles de campesinos” para filmar el evento con el fin de mostrar en Cuba que todo ese movimiento “estaba bajo su disciplina.” Nueva discusión: “porque era un problema ético, además de político,” siempre según Napurí.⁹⁷ Quedaron las imágenes de Luis de la Puente dirigiéndose a una multitud campesina en la plaza de armas de Quillabamba. Era el momento de gloria de la lucha convenciana. Que no duraría mucho, como vimos antes: la victoria del movimiento –una ley de reforma agraria específica para su provincia— fue el inicio del fin del “poder dual” de Blanco. Lo cierto es que no hubo acuerdo entre los líderes. No volverían a encontrarse. De La Convención, vía Lima, el líder mirista se dirigió a Cuba, donde le esperaban nuevos problemas.

La preferencia del Che por el ELN reflejaba no sólo las preferencias por un esquema foquista típico sino las dificultades entre aquel y el MIR. De la Puente se había resistido a la impaciencia del argentino-cubano. Acaso tenía Guevara una visión tan pobre del liderazgo aprista que pensaba que el mero acto insurreccional ejercería un influjo magnético sobre una masa como la aprista tantas veces engañada. Por ello, habría querido presionar al MIR a alinearse con su “modelo.” Por eso, mientras De la Puente purgaba prisión, las solicitudes de sus compañeros para regresar a combatir al Perú habían sido desoídas, enviándolos más bien a cazar bandidos en el Escambray.⁹⁸ Terminado el entrenamiento militar –recordaría Ricardo Gadea—“nos sentíamos desesperados por regresar y no entendíamos por qué no nos lo permitían.”⁹⁹ Testigo de esas tratativas, Ricardo Napurí nos acerca al contenido de las mismas. De la Puente “era un experto en el problema agrario y campesino” y “lo desarmaba al Che cuando le explicaba la composición orgánica del campo en el Perú.” Le había explicado la importancia de la sindicalización rural y el peso de las “miles de comunidades campesinas” y “su tradición de disciplina interna y de combate.” Lo que ponía en duda el esquema del “foco puro” pues De la Puente le decía que en el Perú había “organizaciones campesinas concretas,” con las cuales había que hacer un trabajo previo pues, el campesino, no iba “a abandonar sus organizaciones porque yo le ponga una guerrilla.” Entonces –según Napurí—“el Che comprendió que debía ‘matizar’ su idea del foco pensando que lo que se prometía en Perú era mucho más.” A tal punto que, “por un tiempo consideró que Perú era una punta de lanza en sus afanes internacionalistas de exportar la revolución.” De ahí que, “muy convincentemente nos dijo que si la insurrección ‘prendía,’ lo tendríamos a nuestro lado en las sierras peruanas.”¹⁰⁰

En esa discusión, Napurí formulaba una pregunta bastante pertinente: si existía “un núcleo probado de militantes y activistas, si quedaban aún relaciones con el campo, si se

⁹⁷ “A treinta años del Che.”

⁹⁸ Testimonio de Ricardo Gadea en Jon Lee Anderson, *Che Guevara. A Revolutionary Life*, New York: Grove Press, 1997, p. 560.

⁹⁹ Entrevista con el autor.

¹⁰⁰ “A treinta años del Che.”

habían mejorado los vínculos con estudiantes y la clase obrera,” tal como sostenía De la Puente. Entonces: “¿por qué no construir al MIR como un partido obrero y socialista?” lo cual “no negaba los compromisos con el Che, ni el internacionalismo, sino que los inscribía sobre una nueva base.” Se desató entonces –según el ex –aviador peruano— “una discusión decisiva.” ¿Era el foco “necesariamente contradictorio con la existencia del partido”? Napurí opinaba que no en tanto que la guerrilla se sujetara al partido revolucionario. Así lo demostraban experiencias como la leninista y la maoísta. Analizando el caso cubano, “De la Puente y quienes lo seguían afirmaban que el factor determinante de la victoria era la lucha guerrillera.” El, por su parte, subrayaba el papel jugado por el “llano,” por “el gran aparato urbano” del Movimiento 26 de Julio que, con la huelga general del 1º de enero del 59, “había impedido los intentos del general [Eulogio] Cantillo de formar una junta militar que impidiera el acceso al poder de Fidel y los suyos.”¹⁰¹

Es posible imaginar la confusión: el choque entre la sofisticación teórica de Ricardo Napurí y el ímpetu de Luis de la Puente y de su lugarteniente Fernández Gasco. ¿Podía el Che arbitrar entre ambos? Había, para ello, importantes “factores adversos: la distancia, los problemas de comunicación.” Como también “el hecho de que el Che concentraba las decisiones sobre Perú a pesar de estar abrumado de tareas y de sus frecuentes viajes al exterior.” De tal suerte, recordaría Napurí:

*“.....a veces había que esperar por muchos días en el hotel antes de ver al Che. El único contacto era él, y cuando no estaba, no había con quién pactar nada. No había un equipo que se reuniera contigo, así que la atención no era rigurosa, tal como sí lo era cuando se impartía instrucción militar en los campamentos y en la logística de apoyo. Personalmente, dependía de Hilda Gadea para contactarme con el Che. No podía decirle "te llamo tal día", por ejemplo. Hablaba a Hilda y ella hacía el contacto, y luego me decía: "El Che te espera, a tal día, tal hora, conforme su agenda, en el Banco de Cuba". Mas tarde, cuando yo estaba en Perú, el vínculo oficial quedó bajo responsabilidad de De la Puente.”*¹⁰²

El elemento militante capaz de organizar ese enorme potencial provendría de la juventud aprista que –según De la Puente— respondería al llamado del MIR a la luz de la evidente traición de la dirección del PAP. Por eso, Guevara se había avenido a esperar. El tiempo pasaba, sin embargo, y lo prometido, no se materializaba. La realidad era que no solamente el MIR no había logrado constituirse “en un polo de atracción para la juventud aprista” sino que, en el mundo campesino, solamente tenía, la “influencia marginal que tenía De la Puente mismo por su condición de abogado laboralista.” No tenía pues, el trujillano, “lo que había dicho al Che que tenía.”¹⁰³ Sin la ruta de un aprismo de izquierda post-hayista disponible, con sus vínculos dentro del APRA prácticamente colapsados tras la “deuda de sangre” adquirida a raíz del asesinato del “defensista” aprista en Trujillo, De la Puente y el proyecto MIR habían llegado a un punto crítico.

¹⁰¹ Ibid. Al abandonar el poder, Batista intentó dejar el mando a una junta liderada por el General Cantillo, comandante de la provincia de Oriente. Esta designó a Carlos Piedra, el más antiguo miembro de la Corte Suprema, como Presidente provisional de acuerdo con la Constitución de 1940. Cantillo quedó como jefe del estado mayor del ejército. Castro se opuso, llamando asimismo a una huelga general contra el régimen de Piedra.

¹⁰² Ibid.

¹⁰³ Ibid.

Merodeado por estos dilemas, De la Puente optó por una suerte de fuga hacia delante. Con su característica pasión buscó en el mundo revolucionario la síntesis ideológica que avalara su proyecto. Así, mientras el Perú marchaba hacia su segunda elección presidencial en dos años en procesos que habían incluido campañas con creciente participación y en los cuales la Reforma Agraria apareció como tema principal,¹⁰⁴ mientras el estallido campesino entraba en repliegue al compás de una mezcla de concesiones y represión; el líder del MIR recorría la geografía del este comunista, llegando a entrevistarse con Mao Tse Tung, con Ho Chi Ming y Kim Il Sun. De retorno a Cuba acordó con el Che un diseño táctico basado –en descripción de Napurí– “en un supuesto modelo único cubano” consistente en varios focos guerrilleros apoyados por “un mínimo de partido” que entrarían en acción “a la brevedad posible.” Convencido de que ese proyecto no funcionaría, Napurí escribió una carta al Che anunciándole que renunciaba al MIR. Este, por su parte, anunciaría públicamente que había “zanjado” con el trotskismo.

El gesto heroico

No había sido propicio para la izquierda local el largo año entre la entrevista de Luis de la Puente con Hugo Blanco y el último–y definitivo– retorno de aquel al Perú. El movimiento campesino –simbolizado por las luchas de La Convención– había sido contenido, la izquierda había sido duramente golpeada y, en julio del 63 --con apoyo del PC y con un inédito respaldo regional-- había sido elegido como primer mandatario Fernando Belaúnde Terry. Un arquitecto de 51 años, mezcla de tecnócrata y caudillo, desde 1956, había hecho campaña a través de los “pueblos olvidados” del Perú ofreciendo a Reforma Agraria, descentralización, caminos, ayuda técnica para las comunidades: una verdadera “conquista del Perú por los peruanos” en suma.¹⁰⁵ ¿Representaba éste una alternativa viable de transición post-oligárquica? El PAP, la izquierda, la derecha odriísta, todo el espectro político, se encargaría, en todo caso, de que tal cosa no sucediera.

Imposible exagerar el sentido de urgencia que la demanda por reformas había cobrado por aquel entonces. Después de visitar el Perú “numerosos observadores extranjeros tienden a pensar que un segundo frente revolucionario pronto aparecerá en nuestro país” señaló a fines de 1962 Sebastián Salazar Bondy un intelectual moderado vinculado al MSP. Para ello –continuó-- las condiciones objetivas estaban, efectivamente, presentes: el abismo socio-económico y la penetración imperialista se profundizaban en tanto que la miseria se extendía y la acumulación de riqueza por la casta oligárquica devenía cada vez más rapaz. En la hacienda como peón, en las alturas como comunero, en el socavón como minero, en el umbral de su choza de adobe y paja en las “barriadas” que rodeaban Lima maceraba –añadió– el antiguo odio indígena hacia la urbe racista y occidentalizada y todo lo que ella representaba. Con 56% de peruanos viviendo en condiciones sub-humanas, con los gremios urbanos bajo control de los “social-traidores” del APRA, con tan sólo dos de once millones de peruanos ejerciendo el derecho al voto,

¹⁰⁴ En las elecciones presidenciales de 1962, Haya de la Torre había derrotado por escasísimo margen a Fernando Belaúnde Terry. Esos comicios, sin embargo, fueron declarados nulos por la Junta Militar en el poder. En el nuevo sufragio de 1963, Belaúnde alcanzó el porcentaje necesario para convertirse en Presidente de la República.

¹⁰⁵ Fernando Belaúnde Terry, La conquista del Perú por los peruanos, Lima: Ediciones Tawantinsuyu, 1959.

las elecciones no podían ser sino un escenario más de la “farsa oligárquica.”¹⁰⁶ Frente al podrido sistema, la el mundo andino indígena —en pleno proceso de desborde sobre la franja costera— apareció como el sustrato social de un proyecto alternativo, revolucionario. A inicios de los 60, sin embargo, esa fundamental dimensión de la nacionalidad peruana seguía tan desconocida como en los 20. Todavía para algunos militantes como Hugo Blanco, el indigenismo podía seguir siendo un referente más cultural que “científico.” No tanto por la obra etnológica que este venía produciendo en centros como el Instituto de Etnología de la Universidad de San Marcos sino por su significado simbólico. Si Blanco podía hablar del “fervoroso respeto” que “los indios revolucionarios” podían sentir por “nuestro padre: el indigenismo” para la mayoría de la izquierda era una doctrina que hacia mucho tiempo ya había perdido fertilidad. Su líder de los 20 seguía siéndolo en los 60: Luis E. Valcárcel. Ahora, como etnólogo apoyaba los proyectos desarrollistas centrados en torno a la comunidad indígena; entonces, había escrito que las masas indígenas nada más que “esperaban a su Lenin” para desatar una “Tempestad en los Andes” y sus ideas habían influido decisivamente el “socialismo indígena” descrito en los célebres *Siete Ensayos* de José Carlos Mariátegui.¹⁰⁷ Tan influyente después, no obstante, este texto había sido prácticamente desdeñado por los comunistas después de 1930.¹⁰⁸ En realidad, en las condiciones de censura prevalecientes bajo Odría, la literatura se convirtió en un refugio intelectual, en un “recurso para conocer mejor esta realidad social y también para tratar de influir sobre ella y cambiarla.”¹⁰⁹ De las obras de Ciro Alegría, José María Arguedas y Manuel Scorza, en realidad, muchos de los aspirantes a militantes campesinistas habían extraído sus imágenes del campo. Su apreciación de esa realidad, de tal suerte, era tan apasionada como poco informada de sus estructuras y procesos internos.¹¹⁰

En ese contexto de “señores feudales” y “siervos indígenas,” De la Puente y los suyos se vieron como el gran catalizador. En vísperas de su último retorno al Perú, Adolfo Gilly se había encontrado con el líder del MIR en La Habana. “Hablaba con pasión de la guerrilla que su movimiento había comenzado a organizar en el Perú” recordaría el argentino. Con la polémica chino-soviética a todo vapor, el peruano, “apoyaba sin duda la línea de Pekín.” Más preocupado por los aspectos prácticos de la guerrilla, sin embargo, prefería “no expresar públicamente sus reservas para evitar roces.” De la

¹⁰⁶ Sebastián Salazar Bondy, “Andes and Sierra Maestra” en *Montly Review*, Diciembre 1962, vol. 14:8, pp. 414-422.

¹⁰⁷ Sobre la evolución del pensamiento de Valcárcel véase Luis E. Valcárcel, *Memorias*, Lima: IEP, 1981. Para un balance reciente del pensamiento indigenista peruano, Mirko Lauer, *Andes Imaginarios. Discursos del Indigenismo 2*, Lima: SUR-Centro Bartolomé de las Casas, 1997 y Carlos Franco, “Impresiones del Indigenismo” en *La Otra Modernidad* (Imágenes de la sociedad peruana), Lima: CEDEP, 1991, pp. 57-77.

¹⁰⁸ Primero vino el ataque al “mariateguismo” por un funcionario de la Internacional (V.M., Miroshovski, “El ‘populismo’ en el Perú. El papel de Mariátegui en la historia del pensamiento social latinoamericano” en *Mariátegui y los orígenes del Marxismo Latinoamericano*, Selección y prólogo de José Aricó, México: Siglo XXII Editores, 1978, pp. 55-70). Jorge del Prado, posteriormente, rescató su pensamiento como pilar de la experiencia comunista peruana. A comienzos de los años 50, según Manuel Miguel de Priego, no pudo encontrar en Lima “comunista alguno que me pudiera prestar los Siete Ensayos.” (Manuel Miguel de Priego, “Memoria y presencia del comunismo en el Perú” en *Pensamiento político peruano 1930-1968*, pp. 233-285). Sobre las influencias del pensamiento de Valcárcel en Mariátegui, véase: Gerardo Leibner, *El Mito del Socialismo Indígena de Mariátegui*, Lima: PUC Fondo Editorial, 1999 y José Luis Rénique, *Los Sueños de la Sierra*, Lima: CEPES, 1991, capítulo 3.

¹⁰⁹ “Entrevista a Mario Vargas Llosa” en *Primera Mesa Redonda sobre Literatura Peruana y Sociología del 26 de mayo de 1965*, Lima: IEP, 2003, pp. 70-87.

¹¹⁰ Sobre los avances en el estudio del campesinado hacia 1960 véase: María Isabel Remy,

Puente –recordó Gilly—había llegado al socialismo “por el camino empírico de los cubanos” y, por ese camino, iba “para adelante desde la ruptura con el APRA (...) hasta su aplicación concreta en la lucha armada.”¹¹¹ Con ese ímpetu retornó al Perú. En febrero de 1964 en la Plaza San Martín –viejo foro de masas de la política local—delineó ante unas 30,000 personas el escenario que justificaba la opción armada. La visión de un país sin salida. Con partidos burgueses que sólo podían ofrecer “traición y escepticismo.” Con una izquierda erróneamente ilusionada con “los caminos electoralistas y politiqueros en la que, hasta “inmundos traidores” prostituían la palabra “revolución.” En el mundo y en América, mientras tanto, “la revolución avanzaba incontenible.” Y si en el Perú, la izquierda aún no actuaba era porque pasaba por una grave “crisis de fe.”¹¹² El entrampe del belaundismo, en los próximos meses, avalaría ese diagnóstico inicial: la prueba de la necesidad histórica de una vanguardia capaz de romper, con las armas en la mano, el impasse semicolonial.

El mismo día de la inauguración de su régimen, en efecto, miles de campesinos comenzaron a tomar haciendas a través de varias provincias de la sierra del país. Tras varios meses de pasividad, con un nuevo Ministro de Gobierno, a inicios del 64, comenzó la represión. El PAP, mientras tanto, suscribía con la Unión Nacional Odríista del ex -dictador una alianza parlamentaria abocada, en los meses subsiguientes, a bloquear y mediatizar la aprobación de la ley de reforma agraria. De los sentimientos por esta medida suscitados, un testimonio particularmente simbólico fue el de los hijos del gran mártir de la Revolución de 1932, Manuel Barreto “El Búfalo,” quiénes, en su carta renuncia al PAP sostuvieron:

“.....cuando el avance revolucionario del mundo es más potente, cuando golpea su inminencia en las puertas de nuestro Continente, cuando la conciencia de la necesidad revolucionaria es más clara y profunda en nuestro pueblo, cuando el tiempo para la revolución es más propicio, sucede lo increíble: ¡la traición! La más infame y vergonzosa de toda la Historia de América. Traición a los militantes del Partido y al pueblo peruano; traición a los obreros, a los campesinos, a la juventud; traición, en fin, a los que sacrificaron en la lucha aprista bienes, porvenir, familia; a los que sufrieron prisiones y torturas, y a los que ofrendaron su vida creyendo en los ideales revolucionarios del APRA.”¹¹³

La violencia en ese contexto era un elemento inevitable. La experiencia de las recuperaciones de tierras –apuntaría De la Puente—probaba que “si los campesinos no se organizan, se unen y se arman, son masacrados.” Y que, en esas circunstancias, “el único poder valedero y real es el que se sostiene en los fusiles.” Por eso, el campesinado requería de “su propia fuerza armada” cuyo embrión no era otro que la guerrilla. Era la

¹¹¹ Adolfo Gilly, La senda de la guerrilla, México: Editorial Nueva Imagen, 1986, p. 150.

¹¹² Luis de la Puente Uceda, “El camino de la revolución” [Febrero, 1964] en Obras de Luis de la Puente Uceda, Lima: Voz Rebelde Ediciones, 1980, pp. 3-19. OLP de aquí en adelante.

¹¹³ “Adiós a Víctor Raúl le dicen los hijos de Manuel Barreto ‘El Búfalo,’” Lima, Diciembre 1, 1963 en Roger Mercado, La Revolución de Trujillo y la Traición del Apra. en Lima: Fondo de Cultura Popular, 1966, pp. 124-126. Reflejando el punto de vista aprista al respecto, según Víctor García Toma, en 1963, la Unión Nacional Odríista “era una importante fuerza política de conducción oligárquica, pero como el apoyo de medio millón de peruanos humildes.” En Las alianzas del APRA, p. 139. Para un testimonio sobre el impacto negativo de dicho acuerdo en la militancia aprista, véase Luis F. de las Casas, El Sectario, p. 275.

clave de su “esquema insurreccional.”¹¹⁴ Negaba el “esquema ciudadano” de la Revolución de Octubre inadecuado –según el MIR—para la realidad peruana. Delineaba, más bien, varios focos guerrilleros protegidos por una “zona de seguridad” que, por su topografía y vegetación, eran virtualmente inaccesibles.¹¹⁵ Desde ahí, la guerrilla irradiaría su mensaje, erosionando gradualmente al “ejército mercenario;” persuadiendo a sus soldados-campesinos de no atacar a sus hermanos del pueblo; desencadenando, en fin, “todas las potencias heroicas de las masas.”¹¹⁶ Ya instalado en su base de Mesa Pelada, provincia de La Convención, De la Puente compartía con Adolfo Gilly su visión del proceso armado a punto de iniciarse: de las acciones guerrilleras en “corto plazo” se convertiría en “una revolución agraria, serrana, campesina.” En ese marco, dirigidos por el partido revolucionario, los grupos campesinos invadirían las tierras de los latifundios “como ya lo hicieron espontáneamente en 1963 en todo el territorio.” En un “momento posterior” saltaría “la bomba de tiempo de las barriadas marginales, el 30% de la población de Lima vivía ahí, en ese “cinturón de resentimiento y miseria que en momento dado va a apretar.” A esa dinámica se sumarían los estudiantes de “las dieciséis universidades que hay en el Perú,” doce de las cuales estaban “controladas por la izquierda,” juventud que se encontraba “muy radicalizada” y cuya “vocación de lucha es muy grande.”¹¹⁷ Así lo había podido apreciar el propio De la Puente en mayo de 1964, cuando tras la masacre del Estadio Nacional, a raíz de un incidente deportivo, estudiantes y policías se confrontaron violentamente a lo largo de dos días en las calles del centro de la capital.¹¹⁸ Sintomáticamente, a continuación de los estudiantes, el flamante comandante guerrillero añadió: “Pienso, me olvidaba, que la clase obrera participará con posterioridad, primero con sus propias formas de lucha y en un momento dado, directamente dentro del proceso insurreccional.” Y en ese rumbo, los mineros serían “los más avanzados,” seguidos por “los braceros agrícolas de la Costa” y, en último lugar, los obreros fabriles.”¹¹⁹

Era más que un simple lapsus. La prédica del MIR desdeñaba no sólo el papel de los partidos “tradicionales” sino la política misma. Y ahí la diferencia, con miembros importantes de la izquierda local era muy clara. Un arduo trabajo de masas se requería para consolidar un liderazgo revolucionario en un país como el Perú en el cual –diría el secretario general del PCP, Jorge del Prado— los factores subjetivos marchaban claramente desfasados del desarrollo de los factores objetivos: una labor que requería usar “todas las formas de lucha,” la electoral entre ellas.¹²⁰ En la creación de las “condiciones revolucionarias” –era la réplica mirista— “nos abstenemos nosotros de entrar a ese juego corrompido y corruptor y preferimos identificarnos con ese profundo y alentador rechazo que expresa el pueblo cuando dice: “la política es una cochina.”¹²¹ El Partido de la Revolución Peruana, en todo caso, surgiría de la lucha. Nos llaman “comunistas” –escribiría De la Puente en su misiva a Gilly—pero la verdad cruda es “que se trata de un movimiento que por ahora corresponde absolutamente al MIR.” El

¹¹⁴ L. de la Puente Uceda, “Los dos árboles” [1964] en OLPU, pp. 111-113. OLPU de aquí en adelante.

¹¹⁵ L. de la Puente Uceda, “Esquema de la lucha armada” [Diciembre 1964] en OLPU, pp. 59-65.

¹¹⁶ L. de la Puente Uceda, “Nuestra posición” [Marzo 1964] en OLPU, pp. 23-37.

¹¹⁷ De Luis de la Puente Uceda a Adolfo Gilly, *Illarec Ch'aska* (Estrella del Amanecer), 15 de agosto de 1965 en *La senda de la guerrilla*, pp. 152-156. Cuando Gilly pudo leer esta misiva, el guerrillero peruano ya había sido victimado.

¹¹⁸ “La Revolución Peruana” [Julio 1965] en OLPU, pp. 41-56.

¹¹⁹ A. Gilly, *La senda de la guerrilla*, p. 155.

¹²⁰ Jorge del Prado, “Mass Struggle –The key to Victory. The Political Situation in Peru and the Tactics of the Communist Party” en *World Marxist Review*, Mayo 7, 1964, pp. 11-18.

¹²¹ “Nuestra Posición,” p. 30.

proceso se había iniciado “de forma irreversible.” Si no querían “perder el tren de la historia” a los partidos de izquierda solo les quedaba “asumir su papel.”¹²²

Las objeciones, en realidad, no sólo provenían de fuera de la organización. Aprobar el esquema insurreccional significó un nuevo desgarramiento puesto que no todos dentro del MIR compartían la visión de Luis de la Puente de un escenario con una sola salida de corte insurreccional. Así, cuando en marzo de 1964 se decide “ir hacia la captura del poder por la vía armada” dicha propuesta debe imponerse a las de Carlos Malpica quien sostuvo que debía enrumbarse a “luchar por la construcción del partido” y a la de Héctor Cordero Guevara quien abogó por una combinación de lucha armada y lucha electoral.¹²³

Convertido en la “sierra” de la versión peruana de la revolución castrista, ¿cuánto podía esperar el MIR del “llano” local? De hecho, hacia abril del 65, a Ricardo Gadea se le encargó establecer contacto con la izquierda capitalina. Al respecto, no fue mucho lo que pudo lograr. De los “moscovitas” del PCP, recuerda, recibió “una cautelosa solidaridad.” Ofrecieron “formas mínimas de respaldo práctico, abrimos algunos vínculos con partidos del campo socialista, por ejemplo.” Con la facción pekinesa” fue una reunión difícil. Los acusaron de presionar a su gente para incorporarse a la guerrilla. En general –concluye Gadea–nunca se diluyeron del todo los prejuicios, en particular que, en el fondo, seguíamos siendo apristas. Que ignorábamos el papel histórico del PCP era la acusación capital. A las fracciones pekinesas –comentaría De la Puente–no se les podía pedir que se sacudiera “de la noche a la mañana de todas sus taras revisionistas.”¹²⁴ De los trotskistas y del Frente de Liberación Nacional, en cambio, si recibimos apoyo, aunque la realidad era que “ellos carecían de aparato.” En tanto que, con el recién fundado Vanguardia Revolucionaria no conversamos orgánicamente, “aunque ellos se aprovecharon de la simpatía por la guerrilla para atraer gente hacia sus filas.” En el caso del MSP, en el plano personal, algunos como Sebastián Salazar Bondy nos dieron su apoyo personal. En el fondo –concluye Gadea– “creíamos que nuestras capacidades militares iban a ser suficientes para iniciar un proceso similar al cubano.”¹²⁵ Reflejo de esa falsa seguridad, no sólo no actuaron para prevenir la infiltración sino que sus dirigentes comentaron públicamente sus planes, el esquema táctico y, aún, la posible ubicación de sus zonas guerrilleras. Al respecto –como lo reconocería Ricardo Gadea años después-- había un grave problema de fondo:

“Sobre el diseño de las acciones carecíamos de información o reflexión específica. Ninguno de nosotros era un combatiente experimentado, no contábamos con ningún militar de verdad, ni extranjero ni peruano. Sobre las Fuerzas Armadas nunca se analizó que los EEUU habían adoptado una línea contra la subversión continental y que estaba entrenando cuadros del Ejército Peruano; no sabíamos tampoco que el Perú era el segundo país en número de oficiales entrenados en la Escuela de las Américas. Jamás se trabajó ese aspecto sistemáticamente. De ahí que nadie se detuviera a calcular las enormes debilidades en ese plano. En comunicaciones, por ejemplo, estábamos separados por inmensas distancias. De 5 o 6 núcleos que se planearon originalmente solamente dos llegaron a tener real conformación. Otro quedó a medias. Estábamos a cientos de kilómetros de distancia, y la

¹²² De L. de la Puente a A. Gilly, pp. 155-56.

¹²³ J. Cristóbal, “Máximo Velando: el optimismo frente a la vida,” p. 12.

¹²⁴ De L. de la Puente a A. Gilly, p. 154.

¹²⁵ Entrevista con el autor.

*única comunicación era un sistema de chasquis que pasaban por Lima. No teníamos cómo establecer esta relación directa, de haber contado con equipos de radio transmisor hubiésemos podido evitar muchísimos errores. Hubo una sobrevaloración de nuestras capacidades políticas, se dio por descontado que lo militar era una actitud heroica.”*¹²⁶

La respuesta del “comandante” De la Puente a un cuestionario que le enviara la revista *Caretas* refleja el estado de ánimo con que estos hombres habían marchado al combate. Las preguntas inciden en los puntos críticos del experimento armado. ¿Qué posibilidad tienen de “ampliar su acción” partiendo de un “sector tan remoto”? ¿Cómo tener éxito en una zona como el valle de La Convención con “los efectivos apreciables con que cuenta el Ejército” en esa zona y “todos los trabajos que viene realizando allí la fuerza armada”? ¿Puesto que dicho valle se conecta con el resto del país a través de un desfiladero, no podrían las Fuerzas Armadas embotellarlos con facilidad?

Respondió el jefe del MIR subrayando la flexibilidad de la guerrilla: hay caminos de herradura, caminamos “por cualquier camino, a cualquier hora, con cualquier clima y en cualquier dirección.” Acaso un cuartelazo o un motín —continuó el líder trujillano— podía ser “embotellado,” pero no una revolución. De ahí, entonces, que no les preocupara “los efectivos del Ejército, de Rangers, de la Policía o de los Cuerpos de Paz si lo que estaba en curso bajo la dirección del MIT era un “hecho social, un sentimiento de rebeldía colectiva, una bandera ideológica,” eventos imposibles de embotellar, “cualesquiera fuese el número de efectivos de las fuerzas represivas.” Por algo —añadió— nuestra “zona guerrillera” se llama “Ilarec Ch’asca” o “Estrella del Amanecer” centro orientador de conciencias, anuncio del nuevo día. Dada su precariedad material y logística, de su “fe en el pueblo y la revolución” dependía, en última instancia, la victoria de la revolución.¹²⁷

Una pregunta final incidiría en el problema de identidad que el movimiento revelaba. ¿Más allá de la retórica, no es el suyo un “gesto desesperado” más que el inicio de “un proceso real y coherente hacia un Perú mejor? “No somos revolucionarios por accidente” respondió el trujillano, haciendo recuerdo —en esa hora crítica— de su trayectoria aprista, remontándose a 1954, a su entrada clandestina al Perú “desde nuestro destierro en México.” Si no hubiéramos sido consecuentes con nuestros principios —continuó— estaríamos en el Parlamento o en cualquier posición de poder. Y, sin embargo, al mismo tiempo, el MIR era “algo completamente nuevo dentro de la izquierda peruana,” porque “nuestra dirección es joven, incontaminada, decidida y consecuente,” como lo demostraba que hubiesen abandonado los métodos clásicos que habían desprestigiado y contribuido a la desintegración de numerosos partidos de izquierda.” Viejo y nuevo, aprista e izquierdista, el propio enfoque político de la insurrección vacilaba en las vísperas mismas de la entrega final. En mayo del 64, De la Puente se había entrevistado con el Ministro de Gobierno —responsable de la represión del movimiento campesino inflingida a comienzos de año— a quien propuso que, frente al obstruccionismo del bloque apro-odriísta en el Parlamento, el Presidente Belaúnde, debía “disolver” a ese organismo y “convocar un plebiscito nacional para romper el círculo vicioso,” denunciando a los obstruccionistas “ante el pueblo en un mitin que sería gigantesco e histórico.” Continuar con la pasividad —advirtió el revolucionario al jefe de la policía del régimen— “estaba madurando las condiciones para la lucha armada en el país.” Un año

¹²⁶ Ibid.

¹²⁷ L. de la Puente Uceda, “Respuesta al cuestionario presentado por la revista *Caretas*, p. 101-07.

después, estando ya en el monte, las “consignas inmediatas” del MIR seguían sugiriendo la posibilidad de una salida política a la insurrección:

1. *Disolución inmediata del Parlamento*
2. *Amnistía general y sanción a todos los responsables civiles o militares de las masacres contra el pueblo.*
3. *Reforma Agraria auténtica, sin excepciones de ninguna clase.*
4. *Salario vital-familiar y móvil de acuerdo al costo de vida.*
5. *Reforma Urbana*
6. *Recuperación inmediata del petróleo peruano y denuncia de los contratos con empresas imperialistas sobre nuestras riquezas.*
7. *Recuperación de la plena soberanía nacional*¹²⁸.

El Parlamento --el bastión de la oligarquía y sus aliados apristas-- no el Ejecutivo encabezado por Belaúnde Terry aparecía, en ese momento, como el blanco del MIR. El destino de la guerrilla, sin embargo, estaba para ese entonces definido. En diciembre de 1964 habían acordado que, a partir de entonces, de ser detectados, debían defenderse, impedir su captura. En abril siguiente, en una reunión celebrada en Ica, la base del sur informó que un destacamento de unos 200 policías había entrado al área de Mesa Pelada, “interrogando campesinos mostrando una foto de Luis de la Puente, pidiendo información sobre él.” La dirección local había acordado “montar una emboscada en tal punto e iniciar las acciones.” Solicitaba, en consecuencia, el respaldo de las otras bases. El delegado del comité regional del centro --la guerrilla Túpac Amaru-- volvió a su base con ese acuerdo en mano. “Ya no volveríamos a comunicarnos” recuerda Gadea. Al retornar a Mesa Pelada, sin embargo, comprobó que la situación de emergencia ahí se había atenuado y que se había retomado el trabajo campesino. La policía se había replegado antes de llegar al punto de la emboscada. “Un día, a la hora del desayuno, nos enteramos por la radio que en el centro habían comenzado su cadena de operaciones. Fue una situación terrible.”¹²⁹

Eran los primeros días de junio de 1965. En el Parlamento, la coalición apro-odriísta demandó mano dura mientras se ordenaba la emisión de “bonos en defensa de la soberanía nacional” para apoyar la liquidación del brote insurgente. A fines de mes tiene lugar la “batalla de Yahuarina.” Nueve policías muertos, entre ellos un oficial. El gobierno ordena al Comando Conjunto de las Fuerzas Armadas hacerse cargo de la situación. A fines de septiembre, apresurado por el sorpresivo inicio de las acciones, el reconstituido ELN de Héctor Béjar entra en acción ajusticiando a dos latifundistas en la sierra de Ayacucho, por algunas semanas actuarían en la zona oriental de ese departamento en el límite con Cuzco. En octubre con la muerte de Luis de la Puente cayó la dirección. El 2 de diciembre cae Máximo Velando. Gadea, enviado a Lima a reconstruir la red de apoyo urbano, escapa de la muerte pero no de la cárcel. En el norte, el frente encabezado por Gonzalo Fernández Gasco no entra en combate optando por dispersarse. A inicios de enero del 66, con la caída de Guillermo Lobatón, el *gesto heroico* del MIR quedaba completamente debelado. Algunas explosiones dinamiteras intentaron hacer resonar en la capital el inicio de la lucha armada. “Hasta los más escépticos en la izquierda --escribiría Ricardo Letts-- se alinearon momentáneamente, con admiración y respeto.” No se produjeron, sin embargo, actos masivos de respaldo a los alzados: “el país parecía como anonadado.”

¹²⁸ Ibid., p. 107.

¹²⁹ Entrevista con el autor.

Epilogo

La muerte de sus principales protagonistas, su vertiginosa derrota, dramatizan la notable precariedad del proyecto del MIR. Entendieron que su misión era proveer el elemento subjetivo en una situación, en términos objetivos, abrumadoramente revolucionaria. El camino elegido, sin embargo, los empujó hacia el más completo aislamiento. A mitad de camino quedó el intento de conciliar la estrategia de la Sierra Maestra al escenario peruano. Ni una evaluación cabal de las causas del triunfo cubano ni una lectura adecuada de la realidad rural andina estuvieron a mano en el 65. Ya en el monte, a semanas escasas de su combate final, De la Puente escribiría “este país es quizá el más contradictorio de América Latina” pasando a examinar en detalle la enorme complejidad de la sociedad peruana. A mayor complejidad, sin embargo, mayor fe en que la fuerza del pueblo concurriría al llamado insurreccional. Era ese el ethos mismo del proyecto guerrillero: nada sino la insurrección podía desatar las fuerzas capaces de barrer con la dominación oligárquica y el consiguiente colonialismo interno. Conocedor de primera mano del proceso del MIR, viejo amigo del abogado convertido en comandante, Roger Mercado conversó con él antes de verlo partir a encontrarse con su destino final. Concluyó que este sobreestimaba “la capacidad del MIR para lograr, con su heroico gesto, la unidad indispensable para la victoria,” sugiriendo que su viejo amigo era conciente que el sentido último de su grave decisión era reivindicar para el movimiento revolucionario “la consecuencia y la dignidad tan venida a menos.” Aquel imperativo moral era motivo por demás suficiente para quien –según Mercado– como líder político aparecía como “el vínculo, hacia atrás, con las tradiciones insurreccionales del APRA y, por extensión, de los caudillos civiles del siglo XIX.”¹³⁰

En la memoria de los apistas de la generación de Luis de la Puente Uceda, la historia de su partido podía ser vista como una sucesión de gestos audaces y heroicos que, a través del tiempo, habían sedimentado una tradición de lucha genuinamente popular. Era el camino apista de encontrarse con el pueblo. La figura del Jefe anudaba el proceso y le otorgaba su sello particular. La confluencia de estudiantes y obreros en las calles de Lima encabezada por Haya con ocasión del paro general de 1919 había sido el primero. Luego, en 1923, en la célebre protesta contra la ceremonia de entronización de Lima al Corazón de Jesús, aparecería éste como gran líder de masas. Su salida al exilio, semanas después dejó en la memoria de sus seguidores una imagen imborrable de entrega a su causa: introducido en brazos --incapacitado para caminar como resultado de la huelga de hambre con que había respondido a la represión-- al vapor que lo llevaría a su primer y prolongado exilio. Y así, sucesivamente, hasta la persecución de los 30. En Haya, como individuo, anclaban las amarras de la más distinguible identidad política forjada en el Perú.

En octubre de 1948, sin embargo, había comenzado una historia distinta. Con la mística horadada, de entonces al 59, De la Puente viviría el complicado alejamiento de su *alma mater* política. Entre el 60 y el 62 la ruptura alcanzó niveles más profundos en torno a la carcelería por éste sufrida a raíz de su confrontación armada con activistas de su ex –partido. En las luchas revolucionarias latinoamericanas y asiáticas, del 63 en adelante, buscó el marco teórico alternativo para la verdadera revolución peruana que el PAP había traicionado. Derivó de ese aprendizaje una visión polarizada que acentuó su sentido trágico y heroico de la política que de su formación apista provenía. En un país de “vicios, corrupción, peculados,” –había sostenido Haya en los años 30-- para ser

¹³⁰ Roger Mercado, *Las guerrillas del MIR, 1965*, Lima: Editorial de Cultura Popular, 1982, p. 81.

digno de la victoria, el APRA debía lavarse “con la sangre de su sangre,” tomar conciencia de que la “muerte no puede ser obstáculo.”¹³¹ De la “traición aprista” era de lo que había que lavarse en los 60 para rescatar lo auténtico, lo primigenio de aquella historia heroica que amenazaba perderse. Fue ese gesto –por encima del fracaso político e ideológico de su proyecto—lo que convirtió a De la Puente Uceda en símbolo vibrante de una nueva identidad política.

“Hablar sobre la nueva izquierda en su fase fundadora –escribiría Jorge Nieto Montesinos en 1990-- es en extremo delicado” pues “hablamos de nuestros héroes, de aquellos que murieron para realizar sus sueños.” Siendo así ¿“qué derecho nos asiste para intentar entrever sus circunstancias y reclamarles sus ausencias?”¹³² Declaraciones como esa reconocerían la preeminencia del “gesto heroico” sobre la propuesta política hecha por el MIR. En el terreno de los símbolos De la Puente conseguía la victoria que en el terreno de los hechos la fuerza de sus adversarios le había impedido alcanzar. Para bien o para mal, la memoria de su trágico fin sería para la nueva izquierda un referente identificatorio fundamental.

Entre los propios apristas, la recuperación de la figura del “comandante heroico” aparece como un acto de justicia y de imprescindible clarificación histórica. No es gratuito que no se haya valorado la acción política de Luis de la Puente –según Eduardo Bueno León — en un partido en el cual, “los errores políticos” suelen ser transformados en ocasiones perdidas o traiciones a la figura del jefe. “Cuando enfrentemos el pasado político-militar del APRA, que en última instancia era expresión de su vocación revolucionaria, --concluye-- muchos mitos se derrumbarán.”¹³³ Recientemente, su compañero de partido, el médico Homero Burgos Oliveros –Presidente de la Región La Libertad, cuna de Haya de la Torre tanto como del líder del MIR-- confirió a De la Puente la condecoración “Gran Orden de Chan Chan en el grado de Gran Cruz.” En su discurso, Burgos Oliveros demandó a “todos los poderes del Estado” la “ubicación, identificación y entrega a sus familiares de los restos del insigne luchador social.” No quiero “cargar la culpa de los que lo condenaron a muerte” afirmó, refiriéndose al proyecto de ley presentado por su propio partido estableciendo la pena de muerte para los insurrectos del 65. Hubiese cumplido 88 años. Su hija María Eugenia recibe la distinción. La acompaña –según la nota de prensa-- hermano del reivindicado héroe así como su suegro, el comandante Juan Ontaneda protagonista de la revolución aprista de 1948. Gonzalo Fernández Gasco, el líder del frustrado frente norte del MIR es, asimismo, homenajeado.

Desaparecida la generación fundadora, la tradición aprista se refuerza, reincorporando en su firmamento simbólico a sus más prestigiados disidentes, recobrando así --de manos de la hoy inexistente “nueva izquierda”-- el legado de una lucha dirigida contra ella. Cerrado, con la derrota de Sendero Luminoso, el ciclo de la violencia insurreccional abierto con el MIR en el 65, la imagen del guerrillero puro y justiciero –frente al vesánico y fundamentalista encarnado por Guzmán—aparece más nítida y acomodable. Frente al desprestigio actual de la política y los políticos uno se pregunta si aquella

¹³¹ Víctor Raúl Haya de la Torre, “Discurso del 12 de noviembre de 1933” en O.C., vol. 5, pp. 153-160.

¹³² Jorge Nieto Montesinos, “¿Vieja o Nueva Izquierda?” en Pensamiento político peruano 1930-1968, pp. 381-410.

¹³³ Eduardo Bueno León, “El regreso de la memoria histórica (¿Y si De la Puente hubiese permanecido en el APRA?) en <http://balcon1.tripod.com/eduardo20nov-01.htm>

política de héroes y traidores pudiera seguir teniendo vigencia hoy. Y si, de ser esto posible, se reproduciría con ello el culto a la violencia que históricamente la acompañó.